
VENUS LLAMA A LA TIERRA
VAN S. SMITH
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
IBAÑEZ


VAN S. SMITH
VENUS LLAMA A LA TIERRA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

DEPÓSITO LEGAL V – 1473 - 1961
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA
Núm. de Registro 2139 - 1961



CAPÍTULO I

Una de las cualidades que sus jefes más apreciaban en Butler Smiser, era su sentido de la oportunidad.

Smiser era periodista y como tal podía decirse de él que había estado presente en los acontecimientos más notables ocurridos en el mundo en la última década. Butler Smiser siempre llegaba a tiempo, lo cual no es lo mismo que decir que llegara siempre el primero. Sin embargo, ésta era la impresión que la mayoría de las veces tenía el público.

Cualquier cosa que ocurriese en cualquier parte del mundo, la gente solía decir: “Smiser ya estará camino de allá. Mañana seremos mejor informados.”

Esto molestaba enormemente a sus colegas, y en especial a los que tuvieron la suerte de llegar antes que él.

Tampoco Smiser llegó el primero aquella tarde a la base Vandenberg. Norma Arnett, del “Times”, se encontraba allí desde unas horas antes. Sin embargo, cómo solía decir Gerald Thoburn, de la National Press, “las cosas siempre aguardaban a ponerse interesantes hasta que llegaba Butler Smiser”.

En la base Vandenberg todavía no había ocurrido nada interesante hasta

que Smiser llegó.

En la sala llena de instrumentos donde Butler fue introducido por el coronel Tower, Norma miró a su colega con sorpresa y disgusto. La realidad era que Norma creía ser la única invitada por la Dirección Nacional de Aeronáutica y del Espacio.

Por eso la presencia de Smiser la conturbó.

Norma no dudó de su propia competencia profesional para salir airosa aún en el caso de tener a Smiser como competidor. Sin embargo era norma generalmente aceptada que nadie podía escribir nada que mereciera la pena con las migajas que Smiser desperdiciaba al cribar una noticia que tuviera sólo mediano interés.

Casi después de esto no merece la pena añadir que Smiser era detestado sinceramente por sus colegas, y por Norma Arnett también.

Desde el rincón donde había llevado a Smiser, el coronel hizo señas a Norma para que se acercara. Con gesto displicente, la muchacha fue hasta el rincón.

Norma Arnett era alta, rubia y de peso algo superior a la generalidad de las mujeres norteamericanas. Tenía los ojos azules. No podía decirse que fuera una chiquilla, pues había cumplido los 28 años. Y como periodista había probado con suficiencia su valía, tal como lo demostraban su sueldo y su lugar privilegiado en la nómina del “Times”.

-Supongo que se conocerán ustedes -dijo el coronel Tower.

-Sí, por desgracia -dijo Norma clavando en el moreno rostro de Smiser su mirada aguda como un puñal.

Smiser sólo sonrió.

Era un tipo alto, de constitución atlética, y para el gusto de Norma, exasperantemente guapo. Tenía los ojos verdes, en contraste con el atezado de su piel y la negrura de su abundante cabellera ondulada, la nariz aguileña, el mentón firme y cuadrado.

-Perfectamente -dijo Tower-. La Dirección Nacional de Aeronáutica y del Espacio les ha invitado a presenciar la arribada de nuestro “Ambassador Primero” al planeta Venus. Tal acontecimiento tendrá lugar aproximadamente dentro de media hora. Cuando nuestro Ambassador toque en la superficie de Venus, aquella luz roja más grande que brilla en lo alto de aquel panel se tornará verde. El hecho en sí parece una repetición del éxito que nos apuntamos el año pasado al hacer aterrizar por primera vez un cohete en Marte, pero en realidad se trata de otra cosa distinta. Cuando nuestro “Ambassador” toque en la superficie de Venus un hecho inédito en la Historia de la astronáutica se producirá. El primer habitante de la Tierra pisará el suelo de Venus treinta minutos después.

Norma Arnett y Butler Smiser cambiaron una mirada de sorpresa.

Luego los dos se volvieron a una hacia el coronel Tower.

-¿Quiere eso decir que nos han estado engañando? -preguntó Smiser-. ¿Tripula un hombre esa máquina que todos creíamos vacía?

-No, ningún ser humano viaja a bordo de nuestra cápsula.

-Seguramente el coronel se refiere a un animal. Un perro, un mono e incluso una rata, son también habitantes de la Tierra. ¿Es así, coronel? -preguntó Norma Arnett.

Tower, con la expresión divertida del hombre que esconde alguna sorpresa, contestó ambiguamente:

-Pues sí... y no. El primer habitante de la Tierra que pisará el planeta Venus será un chimpancé. Sin embargo no hay mono alguno en la cápsula que hemos enviado a Venus. Esa cápsula está realmente vacía.

-¿No está todo esto un poco enredado, coronel Tower? -preguntó Smiser arrugando el ceño-. ¿Qué tiene que ver el cohete que está para llegar a Venus con el primer viaje interplanetario del hombre, y cómo un mono va a llegar a Venus treinta minutos después que ese cohete, si no es que se ha disparado otro cohete a continuación del Ambassador Primero y se ha mantenido en secreto la existencia de ese segundo vehículo espacial?

La expresión del joven coronel seguía siendo misteriosa cuando contestó:

-No, no hay ningún otro cohete aparte del “Ambassador” camino de Venus en estos instantes. Vengan conmigo, les enseñaré algo que les va a sorprender...

De nuevo los dos periodistas cruzaron una mirada de asombro. Luego Smiser cedió con un ademán a su colega el turno para seguir a Tower fuera del pabellón.

Cerca de aquél se veía una gran construcción metálica en forma de hangar, el cual por su escasa iluminación había pasado inadvertido a Smiser cuando llegó. Tower los condujo hasta este hangar, en cuya entrada montaban guardia dos centinelas armados.

Una pequeña puertecilla de plancha corrugada les llevó hasta el espacioso interior del hangar, donde encontraron alguna gente.

Las personas que se hallaban en el hangar eran en su mayoría altos jefes del Ejército y las Fuerzas Aéreas, con una pequeña representación de la Armada.

Pero también había algunos hombres vestidos de paisano con aquel aire de arrogante suficiencia que distinguía a los senadores y personajes de influencia política en general del resto de los demás infelices mortales en Norteamérica.

Aparte de estas personas, los periodistas vieron algunos hombres uniformados con batas blancas, y entre éstos una guapa muchacha que tenía de la mano un gracioso chimpancé.

Smiser conocía de vista a la mayoría de los altos mandos del Ejército y

las Fuerzas Aéreas, así como a casi todos los personajes políticos congregados en el hangar.

El general Blackwell, jefe de la NASA, ocupaba el centro del amplio semicírculo que formaban todos estos personajes y al entrar Tower seguido de los periodistas se interrumpió. Blackwell estaba junto a un artefacto muy curioso, especie de cilindro con numerosas protuberancias exteriores, cuyo interior vacío podía verse a través de una portezuela abierta.

-Encantado de verla de nuevo, miss Arnett -dijo Blackwell estrechando la mano a la periodista. Saludó a Butler con la cabeza-. ¿Cómo está usted, Smiser?

Un hombre vino a situarse junto al general. Era de estatura más bien baja, delgado, de hombros caídos y pecho hundido. Tenía el pelo oscuro, la tez pálida. Llevaba lentes con montura de acero y vestía una larga bata blanca.

Blackwell dijo señalando al hombrecillo:

-Les presento al profesor Woodford. -Luego añadió-. Ya que la señorita Arnett y el señor Smiser acaban de llegar, ¿querrá explicarles usted mismo el funcionamiento de su máquina, profesor?

Los negros y vivos ojos del profesor estudiaron tras las gafas el rostro de Smiser como aquilatando la capacidad del periodista para comprender. Su sonrisa, sin embargo, fue para Norma Arnett.

-Lo haré con mucho gusto -señaló el extraño cilindro que estaba tras él-. He aquí la máquina. Una reproducción idéntica de esta máquina fue disparada hace seis meses formando parte del cono de un cohete destinado a alcanzar Venus. Nuestro propósito es hacer que Smutty, el chimpancé, viaje hasta Venus dentro de una hora aproximadamente, para lo cual vamos a valernos de un sistema inédito de mi invención.

Woodford se apartó a un lado para dejar ver el cilindro que estaba tras él.

-Vean la máquina que nosotros llamamos "transferidora". Una explicación detallada de su modo de funcionar resultaría muy prolija... si el alto secreto que pesa sobre ella nos permitiera divulgar su naturaleza en términos científicos...

El general Blackwell intervino para añadir:

-En efecto, la máquina "transferidora" constituye uno de nuestros secretos mejor guardados. Pronto comprenderán el porqué.

Woodford prosiguió:

-Para que ustedes lo comprendan más fácilmente, vamos a comparar la máquina "transferidora" a una cámara de televisión. Ustedes todos saben cómo funciona un aparato de televisión. Los puntos de luz que se proyectan sobre el objetivo de la cámara, activan una serie de células fotoeléctricas, cada una de las cuales produce un impulso que sale de las antenas de la

emisora para llegar hasta el aparato receptor. En el receptor de televisión, los impulsos eléctricos no entran todos de una vez. Imaginemos que tomamos una fotografía, la cortamos a lo largo y lo ancho hasta dividirla en varios millares de pequeños cuadritos, y enviamos un cuadrito cada vez a un amigo nuestro con instrucciones para que vaya pegándolos sobre una cartulina, por ejemplo en este orden, de izquierda a derecha y de arriba abajo. Si hemos tenido cuidado en conservar el orden de los pedacitos y así los expedimos correlativamente, nuestro amigo habrá formado con el tiempo la fotografía completa. Y eso es la televisión. En la pantalla receptora, formada de un entramado de finísimos hilos, cada impulso eléctrico que envía el aparato emisor va a parar a su lugar correspondiente en la pantalla del receptor. Un punto tras otro y línea tras línea, los impulsos se van reproduciendo en nuestra pantalla, unos a continuación de otros. La imagen nunca debería estar completa, ya que cada punto luminoso sólo brilla una vez y se apaga enseguida para dejar paso al siguiente. Y no lo está en realidad, sólo que escribiendo y borrando línea tras línea varias veces por segundo, el ojo humano no llega a percibir los cambios y ve la imagen entera. Hasta aquí, creo que todo queda explicado a satisfacción de todos...

-Desde luego, sí -repuso Smiser sonriendo-. Todos tenemos una idea aproximada de cómo funciona la televisión.

-Perfectamente -continuó diciendo Woodford-. Hasta aquí hemos hablado de imágenes solamente. Pero vamos a trasladar el sistema, al menos en su fundamento, a un campo de acción bien distinto. ¿No podríamos descomponer también un cuerpo cualquiera, átomo por átomo, convertir la masa en energía, expedirla hasta un aparato receptor y transformarla de nuevo en materia?

Smiser preguntó frunciendo el ceño:

-¿Quiere decir cortar un objeto cualquiera en pequeños cuadritos, enviarlo por radio a distancia y volverlo a formar en el mismo orden acumulando átomo sobre átomo tal como estaban situados?

-Sí, eso quiero decir.

-Sinceramente, no creo que se pueda hacer.

-Pues lo hemos hecho -dijo el profesor Woodford con un relámpago de triunfo en sus negras pupilas-. Hemos introducido en esta cámara cuerpos diversos, piedra, hierro, madera e incluso animales... y los hemos enviado a través de todo el país hasta otra cámara receptora situada en la costa del Atlántico... sin extraviar un solo átomo en el camino.

Las últimas palabras del sabio no sólo fueron proferidas con acento triunfal, sino con fino sentido del humor. Como además al decir esto miraba hacia los señores senadores, Smiser adivinó que el proyecto de Woodford había tropezado con serios obstáculos antes de llevarse a efectos

prácticos.

El general Blackwell tomó la palabra antes que los periodistas pudieran reponerse de su sorpresa:

-Como es fácil de comprender, las ventajas que el invento puede proporcionar a nuestro país son infinitas. No es aventurado presumir que en un próximo futuro todo el intrincado sistema de transportes de todo el mundo sea sustituido por una sola y universal manera de trasladar personas y cosas de un hemisferio a otro del planeta en forma cómoda, rápida y económica.

Blackwell hizo una pausa para observar la expresión de la cara de los políticos y añadió:

-Claro que la introducción repentina de este medio de transporte provocaría la ruina de todas las compañías de navegación aérea y marítima, y arrumbaría por inútiles las flotas de camiones y los ferrocarriles causando millones de desempleos en todo el mundo... No, decididamente un medio tan revolucionario de transporte no puede ser introducido en la vida económica de nuestro planeta sin causar daños cuyas consecuencias son difíciles de prever. Pero circunscribiéndonos al aspecto militar y estratégico de la cuestión, vemos inmediatamente lo que representa para nosotros poseer un arma secreta de este tipo...

-Perdón, mi máquina no es un arma -se apresuró a protestar el profesor Woodford haciendo una mueca.

Blackwell afirmó:

-Está bien, la máquina no es un arma, pero puede servir y en la práctica está llamada a servir a nuestros fines estratégicos, probablemente con mayor efectividad que si hubiéramos descubierto un nuevo tipo de bomba atómica más poderosa y barata que las que tenemos ahora. Con la utilización de estas máquinas no sólo vamos a poder trasladar una división con armamento y equipo con rapidez y economía, sino que podremos colocar esa división prácticamente en cualquier lugar del mundo, lo mismo en nuestras más remotas bases de Oceanía que en el corazón de un territorio enemigo, salvada la dificultad de transportar varias de estas cámaras receptoras al punto adecuado donde deseemos trasladar hombres y material bélico. La omnipresencia de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, bajo este aspecto, puede hacerse sentir de tal modo que haga desistir a nuestros ancestrales enemigos de cualquier intento de atacarnos. Es un hecho evidente, y bajo cualquier punto de vista feliz para nosotros, que los más apartados rincones del mundo estén sólo a un minuto de distancia por medio de esta máquina prodigiosa. Pero quizás lo más importante sea que nadie puede detener, ni ninguna arma destruir a nuestros soldados cuando viajan por el éter a la velocidad de las ondas hertzianas hacia su punto de destino... con mal o buen tiempo... cualquiera

que sea la distancia que hayan de recorrer.

Blackwell se interrumpió para observar el efecto que sus palabras habían causado en el auditorio.

Pero probablemente todos los presentes estaban ya en el secreto tan celosamente guardado de la máquina "transferidora", siendo por esta causa los más sorprendidos los periodistas.

En efecto, tal número de ventajas y posibilidades se ofrecía a la imaginación de Butler Smiser, que quedó momentáneamente aplastado bajo los efectos de su estupefacción.

Menos imaginativa, o quizás más práctica por ser mujer, Norma Arnett se repuso primero y preguntó:

-¿Qué tiene que ver todo esto con el cohete que en estos momentos se dispone a tomar tierra en Venus? ¿Es que se proponen enviar un astronauta allá, utilizando para ello estas cámaras "transferidoras" como ustedes las llaman?

-Sí, y con esto pretendemos demostrar de una manera espectacular los variados usos a que se presta la máquina "transferidora" del profesor Woodford. El cono del cohete que disparamos hace meses está ocupado en realidad por una cámara receptora y emisora parecida a las que tenemos aquí. Si nuestro artefacto aterriza sin novedad en Venus, lo cual sabremos por una señal de radio, el chimpancé entrará en una de estas cámaras y será enviado en forma de un chorro de impulsos eléctricos hasta la cámara receptora situada en Venus.

Norma Arnett miró vacilante a Blackwell.

-Y... ¿están seguros que el chimpancé llegará allá sin novedad? -preguntó con acento incrédulo.

Blackwell se echó a reír.

-Bueno, eso en realidad no lo sabemos. Por esta causa vamos a hacer la primera prueba con el mono.

El profesor Woodford intervino a su vez diciendo:

-La conversión de una persona en átomos electrizados, aun tratándose de una persona viva, no ofrece dificultades aquí en la Tierra. Esto puede obedecer a dos causas, a saber: Que la distancia más larga entre dos puntos situados en los antípodas de nuestro planeta, es cubierta por un impulso eléctrico en una brevísima fracción de segundo. Y también porque en ningún momento la persona así digamos "desintegrada" abandona la atmósfera del planeta. En realidad ignoramos lo que ocurre con esos átomos mientras son enviados por el éter desde una cámara a otra. Pudiera ocurrir que esos átomos electrizados, al tener que salvar una distancia de cincuenta millones de kilómetros en un ambiente hostil, o sea a través del vacío cósmico, sufran transformaciones o tropiecen con obstáculos que impidan su reincorporación a la materia viva al llegar a la cámara receptora

después de tres minutos de viajar por el espacio.

-Por esa razón vamos a enviar al mono primero -agregó Blackwell enfático-, y Smutty, nuestro chimpancé, ha sido largamente adiestrado para sustituir al hombre en esta primera aventura espacial a larga distancia. Equipado convenientemente, Smutty abrirá la puerta de su cámara, saldrá y ejecutará unas cuantas operaciones. Tomará una muestra de la atmósfera y un puñado de tierra. Si ve allí cerca algún árbol o arbusto cogerá una rama o un puñado de hojas que traerá consigo al regresar. Si la prueba es satisfactoria y la vista de las muestras que nos traiga de allá el chimpancé, una expedición de hombres convenientemente equipados realizará un viaje a Venus en un futuro próximo.

-Espero que esa forma tan rara de viajar ofrezca bastantes garantías a los hombres que más tarde han de seguir al mono -objetó Smiser reponiéndose de su asombro.

-Naturalmente, hemos sometido la máquina a repetidas pruebas -repuso Woodford.

-¿Con personas?

-También con personas. Mi secretaria, la señorita Greer aquí presente, se ha prestado voluntariamente a hacer de conejillo de indias una docena de veces. Ha viajado desde nuestro laboratorio a Pensacola y Chicago, y aprovechó uno de estos viajes para realizar algunas compras en Nueva York. ¿No es así, miss Greer?

La muchacha que tenía el chimpancé de la mano asintió sonriendo.

-¿Tiene alguna de sus cámaras actualmente en Nueva York? -preguntó Norma.

-No. En la actualidad sólo poseemos un par de ellas, que son las que tenemos aquí.

Norma Arnett se volvió a mirar a Smiser y en el relampagueo de sus ojos pudo leer Butler su pensamiento.

Dijo Norma volviéndose hacia el científico:

-¿Podría yo comprobar la eficacia de su invento por mí misma entrando en una de esas cámaras y reapareciendo en la otra?

Woodford miró al general Blackwell, quien a su vez miró al grupo de militares y senadores que los rodeaba. El más vivo interés se pintaba en el rostro de todos los presentes.

Un poco impaciente, no queriendo defraudar a los espectadores, Blackwell consultó su reloj de pulsera y dijo:

-Está bien. No nos queda mucho tiempo hasta que el “Ambassador” aterrice en Venus y tengamos que utilizar la cámara para despachar a “Smutty”.

El profesor Woodford invitó a la periodista a entrar en aquélla con un gesto.

-Tengan la bondad de seguirme -dijo Blackwell al resto del grupo-. Esperaremos a la señorita Arnett junto a la cámara receptora.

Todo el grupo echó detrás de Blackwell haciendo animados comentarios hasta el más lejano rincón del espacioso hangar donde estaba la segunda máquina "transferidora". Blackwell, siempre de buen humor, abrió la angosta puertecilla del cilindro mostrando su interior vacío.

-Como ustedes pueden ver, no se trata de truco alguno. No hay un doble de la señorita Arnett escondido aquí.

Blackwell cerró la puertecilla de golpe. Un joven delgado con gafas, con aire de intelectual, había seguido al grupo y se puso a manipular en ciertos mandos adosados a la parte exterior del cilindro.

Norma Arnett hizo de lejos alegres señas con la mano al disponerse a entrar en la máquina cuya puerta sostenía abierta el profesor Woodford. Apenas la puerta metálica se hubo cerrado detrás de Norma Arnett, el profesor hizo una seña a un ayudante que en bata blanca estaba de pie ante un cuadro de mandos próximo.

Blackwell señaló una pequeña luz roja que se había encendido sobre el marco metálico de la portezuela.

-Cuando esa luz roja se vuelva verde, indicará que la señorita Arnett ya está aquí y se puede abrir la puerta.

Todo el grupo esperó en silencio observando con fijeza la luz roja.

Transcurrido un minuto y como la luz persistiera en su coloración roja sin tornarse verde, Blackwell arrugó el ceño volviéndose hacia el centro del hangar donde estaban el profesor Woodford con su ayudante y la señorita Greer junto a la máquina.

-¿Qué ocurre? -preguntó Blackwell alzando la voz.

El eco repitió la voz de Blackwell en el casi vacío hangar. El profesor Woodford contestó:

-¿Qué ocurre? No ocurre nada. La chica debe estar ahí.

De nuevo Blackwell arrugó el ceño mirando la luz roja sobre la puerta de la cámara. Repentinamente avanzó un paso, asió el tirador de la puerta y abrió.

La cámara estaba vacía.

Que el experimento había fracasado era evidente. Se escucharon algunas risitas irónicas a espaldas de Blackwell. Éste soltó la puerta, que se cerró por sí sola accionada por un muelle, y mientras echaba a andar apresuradamente a través del hangar decía a Woodford:

-La señorita Arnett debe estar todavía dentro de esa cámara...

Woodford se abalanzó al cilindro y tiró de la portezuela.

¡Aquella cámara estaba vacía también!

Smiser, que desde el comienzo del experimento no las había tenido todas consigo, supo que algo anormal ocurría al escuchar la ronca

exclamación de horror de Woodford. Éste corrió hacia el cuadro de mandos, consultó los cuadrantes y se volvió hacia su ayudante echándole las manos al pecho.

-¡Purcell, desgraciado! ¿Qué ha hecho? -gritó el sabio zarandeando al otro-. ¡Ha enviado a la chica por el canal uno, en vez de hacerlo por el dos!

Blackwell corrió hasta los dos hombres. Smiser, que no se había separado de Blackwell, corrió tras él a interponerse entre Woodford y el ayudante de éste.

-¡Woodford! ¿Qué ha ocurrido? -chilló Blackwell fuera de sí.

-Señor, fue un error involuntario -gimió el ayudante con lágrimas en los ojos-. Había dejado el aparato listo para enviar el mono a Venus.

-¡Y el muy estúpido ha hecho desaparecer a la muchacha! -gritó Woodford.

Se hizo súbito silencio entre los tres hombres aterrados. Los restantes miembros del grupo, generales, políticos y científicos, habían llegado apresuradamente y rodeaban a Blackwell y Woodford.

Smiser agarró del brazo al sabio y lo hizo volverse de un tirón:

-Sepamos de una vez lo que ocurre. ¿Qué ha sido de la señorita Arnett?

Woodford hizo un ademán.

-Se desvaneció.

-¿Quiere decir...?

No fue Woodford quien contestó, sino Blackwell el que gritó:

-¡Esperen! El "Ambassador" debe estar llegando a Venus... hay al menos una posibilidad de que esa chica se haya salvado.

Bruscamente, el general giró sobre sí mismo y se abrió paso de un empujón entre el círculo de espectadores, para salir corriendo del hangar.

CAPÍTULO II

Butler echó a correr en persecución de Blackwell. Le dio alcance a corta distancia del hangar y se puso a correr a su lado. Detrás podía escuchar el rumor de pies apresurados siguiéndoles.

-¿Qué ocurre? -preguntó Butler sin dejar de correr-. ¿Dónde está la señorita Arnett?

-Hay una posibilidad de que se haya salvado.

-¿Y cómo?

Blackwell no contestó. En este momento alcanzaban el pabellón. El centinela, alarmado a la vista de los hombres que venían corriendo desde la zona mal alumbrada del hangar, salió a interceptarles el paso.

-¡Soy Blackwell! ¡Déjenos pasar!

El centinela se echó a un lado y Blackwell entró en el pabellón irrumpiendo como una tromba en la sala donde los técnicos permanecían inmóviles ante sus aparatos.

Blackwell corrió sin aliento hasta situarse a espaldas de un oficial que estaba sentado ante un tablero constelado de luces rojas, ambarinas y verdes.

-Dígame una sola cosa, Barnard -gritó el general excitado-. ¿Han empezado a funcionar las pilas a bordo de la cápsula?

-Sí -contestó el oficial volviéndose a mirar extrañado el demudado rostro del general-. Hace apenas cinco minutos. El cohete se dispone a tomar tierra y...

-¿Está seguro que las pilas están funcionando?

-Todo va bien a bordo del "Ambassador". Al menos eso es lo que dicen los indicadores.

Blackwell dejó escapar un ruido que tenía algo de entrecortado suspiro y gemido de dolor.

El profesor Woodford, el coronel Tower y el resto del nutrido grupo acababan de llegar promoviendo gran ruido. Woodford y Blackwell cruzaron una mirada.

-¿Se da usted cuenta de lo que han hecho, Woodford? -rugió el general-. Si la chica no ha muerto, ahora debe encontrarse allí arriba... metida en esa maldita cápsula... sin saber qué hará ni siquiera dónde se encuentra.

La expresión de Woodford era casi de terror. Butler, a su vez, sintió un estremecimiento de frío recorrerle el espinazo.

-¿Quiere eso decir que la señorita Arnett ocupa el lugar del mono... en ese cohete que está aterrizando en Venus?

Un silencio de estupor se hizo en la sala. Y en mitad de este silencio se pudo escuchar un extraño tintineo. Butler había escuchado este mismo

sonido otras veces y sabía lo que significaba. Un eco de radar estaba trasmitiendo a los operadores algo relacionado con la altitud, profundidad o distancia de un artefacto cualquiera a un punto indeterminado cualquiera.

La voz crispada de un operador vino a confirmar la suposición de Butler.

-¡La cápsula está aumentando su velocidad de caída!

Blackwell pareció escuchar entonces por primera vez el sonido del radar. Sus ojos garzos relampaguearon.

-¡Entonces es que la chica se encuentra a bordo de la cápsula! ¡Su peso adicional está haciendo que aumente la velocidad de caída del cohete! -exclamó roncamente.

-Señor -dijo el oficial llamado Barnard-. ¿Puedo saber qué ocurre?

-Ese imbécil de Purcell -rugió Blackwell-. Teníamos que realizar una prueba traspasando a la señorita Arnett de una cámara a otra... ¡y la despachó a Venus dentro de esa cápsula que está al caer en aquel planeta!

Barnard abrió unos ojos tamaños de asombro mientras Butler inquiría:

-¿Pero no hay forma de rescatar a la señorita Arnett haciéndola volver aquí?

-¿Y cómo? -chilló Blackwell.

-Eso es lo que yo pregunto -repuso Smiser secamente-. Ustedes la enviaron allá. Tienen que hacerla volver.

Blackwell pareció amansarse ante la dura réplica del periodista. Y al serenarse, toda la responsabilidad que pesaba sobre él cayó sobre sus espaldas con su abrumador peso.

-Imposible hacerla volver -dijo soltando un resoplido.

-¿Pues cómo iba a regresar el mono?

-Habíamos instruido a Smutty en las maniobras previas que había de hacer para poner en marcha la máquina y que ésta le desintegrara enviándole de regreso a la Tierra.

-Si un mono es capaz de hacer funcionar esa máquina, una chica puede hacerlo también.

-Sí, si la señorita Arnett supiera los botones que debe pulsar y en el orden que esto debe hacerse.

-Se le comunica por radio y ya está.

-¿Qué radio? -gruñó Blackwell.

-¿Quiere decirme que no han puesto siquiera un aparato de radio a bordo de ese maldito artefacto?

-Naturalmente que lo hay. Pero no una radio con auriculares y micrófono, que es como usted se lo imagina. Piense que íbamos a enviar allá un chimpancé. ¿Quiere decirme para qué iba a querer una radio un mono que no habla?

-Su imprevisión de ustedes me deja atónito -dijo Smiser-. ¿Es que no

hay forma siquiera de saber si la señorita Arnett está allí?

-¡Pues claro que está allí! Ese aumento en la velocidad de caída de la cápsula nos indica que la chica se encuentra a bordo.

-Sí, ¿pero cómo? ¿Viva? ¿Muerta? -gritó Smiser furioso-. ¿Qué clase de máquina han construido ustedes?

Blackwell dejó caer sobre el periodista una mirada furiosa.

-Mire, déjeme en paz. Bastante tengo con mi preocupación. No podremos saber si la muchacha está viva o muerta hasta que abandone la cápsula. Si abre la puerta y sale, una luz en ese tablero nos lo indicará...

-Pero si abandona la cápsula morirá también -dijo Smiser-. Ni siquiera es probable que haya en Venus una atmósfera respirable para un ser humano. ¿No es así?

Blackwell guardó silencio.

-Sigue aumentando la velocidad de caída del cohete -anunció una voz fría e impersonal en un rincón de la sala.

-¡Esperen! -dijo el oficial llamado Barnard-. El paracaídas acaba de abrirse. Todo marcha bien.

En el cuadro de instrumentos del oficial, una luz roja acababa de tornarse verde. Todo el grupo de personalidades guardó emocionado silencio contemplando aquella luz.

Smiser preguntó:

-¿Cuánto tardará en tocar tierra esa cápsula?

-Unos quince minutos tal vez -repuso Barnard sin volverse.

Dijo Smiser volviéndose hacia el general Blackwell:

-Hay tiempo suficiente para enviar auxilios a la muchacha, en el supuesto que se encuentre con vida. Espero que al menos tendrán un traje... un equipo de buzo o cualquier cosa que podamos enviar a la señorita Arnett para aislarla del medio ambiente y proporcionarle oxígeno...

-Deseche esa idea, Smiser -atajó Blackwell secamente-. No se puede expedir ninguna otra cosa a la cápsula mientras la señorita Arnett no salga de allí.

-¿Por qué razón?

-Por la sencilla razón de que hay un dispositivo que lo impide. No se puede enviar, por ejemplo, a una persona a una cámara que está ocupada por otra persona. La persona que llega se reintegraría “dentro” de la que ya estaba allí, lo cual significaría la muerte de las dos. Para evitar que tales accidentes se produjesen con personas o cosas, dispusimos un mecanismo conectado con la puerta de la cámara. Mientras la puerta no se abre y la cámara queda vacía, el mecanismo de esa cápsula no puede funcionar.

-¿Así pues, no hay salvación posible para esa pobre chica?

-La única salvación para la señorita Arnett consiste en que al salir de la cámara encuentre una atmósfera con suficiente oxígeno para respirar

mientras le enviamos ayuda.

-¿Pero cómo vamos a esperar que ocurra tal milagro? -protestó Smiser furioso-. Sabemos que no hay oxígeno en la atmósfera de Venus.

-Sabemos que no lo hay en las altas capas de la atmósfera. Eso no basta para negar de una manera categórica que no pueda haberlo en sus capas inferiores. Tampoco hay oxígeno o lo hay apenas en nuestra atmósfera más arriba de los treinta o cuarenta mil metros de altura.

De nuevo se hizo un silencio expectante en aquella sala llena de hombres e instrumentos. El eco del radar, recogido por los aparatos situados a bordo de la cápsula que estaba descendiendo hacia Venus, seguía llegando hasta los sensitivos receptores de radio de la Base.

Alguien comentó:

-La velocidad de descenso sigue siendo mayor que lo previsto. La cápsula chocará con violencia al llegar al suelo. Esperemos que no quede destrozada.

Siguió otra pausa prolongada. Smiser no podía dominar su impaciencia.

-¿No deberíamos estar haciendo algo para prestar auxilio a la señorita Arnett apenas sea posible? -apuntó.

Blackwell repuso secamente:

-Todo lo que podemos hacer por la señorita Arnett, es enviarle una nota escrita con instrucciones sobre el modo de hacer funcionar la máquina para que la devuelva aquí.

-¿Nada más?

-¿Qué más quiere que hagamos? -contestó Blackwell gritando.

-Hay varias cosas que podemos hacer. Una de ellas consiste en empezar ahora mismo a equipar a un hombre con máscara y reservas de oxígeno para ser despachado a Venus inmediatamente después que la chica salga del cilindro. La señorita Arnett sabe que con los dos o tres metros cúbicos de aire que contiene la cámara sólo podrá aguantar unos cortos minutos. Por lo tanto saldrá. Pero puede ocurrir que al salir encuentre una atmósfera cargada de anhídrido carbónico sin oxígeno para respirar. Puede quedar desvanecida allí afuera, sin fuerzas para regresar a la cámara donde estará la nota que nosotros inútilmente le habremos enviado. Y si esto ocurre así, lo que ella necesitará será de alguien que vaya en su ayuda, le dé a respirar unas bocanadas de oxígeno puro y la arrastre dentro de la cápsula y la traiga aquí.

Blackwell miró al periodista con gesto enfurruñado.

-Está bien. Solicitaremos un voluntario para que corra ese riesgo y vaya allá.

-No pierda el tiempo buscando al hombre. Yo mismo iré -atajó el joven con sequedad.

-Muy bien. Vuelva al hangar y dígale a ese imbécil de Purcell que le

proporcione un par de máscaras de oxígeno con sus correspondientes depósitos. Y que le anote las instrucciones para hacer funcionar la cámara en un papel.

Butler, asintiendo con seco movimiento de cabeza, se disponía a salir cuando el general le retuvo con un gesto.

-Naturalmente, todo esto en el supuesto que antes tengamos pruebas de que la muchacha se encuentra con vida allá. Esté preparado, pero no entre en la cámara antes que yo le diga que puede hacerlo.

Butler salió del pabellón. Todo su ser vibraba bajo los efectos de una gran excitación nerviosa. Mientras iba hacia el hangar por la zona escasamente iluminada, levantó sus ojos hacia el cielo estrellado y se detuvo un instante contemplando el parpadeo del lejano y brillante Venus.

Aún ahora, se le antojaba fantástico e irreal que Norma Arnett pudiera encontrarse allá arriba metida en un apuro, tan grave que en él peligraba su vida, si acaso no la había perdido ya.

-Señor Smiser...

Butler se volvió, reconociendo en la oscuridad a Tower que venía hacia él.

-Vengo para acompañarle -explicó Tower-. De otra forma el centinela de la puerta no le dejaría entrar.

Los ayudantes del profesor Woodford se encontraban todavía en el hangar, entre ellos Purcell y la señorita Greer. También estaba allí el chimpancé, el cual se soltó de la mano de la señorita Greer y corrió profiriendo gruñidos al encuentro de Tower para cogerse de su mano.

-Hola, Smutty, lo siento -dijo el coronel al mono-. Otros te van a arrebatar la gloria de ser el primero en pisar el suelo de Venus. Pero todavía no sabemos si no habrás salido ganando con ello.

Purcell, abrumado, estaba sentado sobre un cajón con la cabeza entre las manos. Levantó vivamente la cabeza al acercarse Tower y preguntó con voz trémula:

-¿La muchacha... vive todavía?

-No lo sabemos -repuso Tower-. La pobre va a encontrarse sin saber qué hacer metida en aquel tubo. Asustada como estará, no creo que atine siquiera a comprender lo que ocurre. Smutty, en lugar de ella, se comportaría de forma más sensata. Smutty ignoraría los peligros que le aguardaban, y está entrenado para hacer justamente lo que nosotros quisiéramos que hiciese la muchacha... ¡en fin!

Tower exhaló un suspiro y explicó a los ayudantes de Woodford la idea de Smiser de dejarse desatomizar en la cámara para ser reintegrado dentro de la cápsula que yacería en la superficie de Venus y prestar ayuda a Norma Arnett.

-Sólo en el caso de que la chica dé señales de vida después del

aterrizaje -agregó Tower.

Los ayudantes de Woodford se mostraron dispuestos a colaborar. En un minuto reunieron un par de mascarillas con sus correspondientes frascos de oxígeno a presión para adosarse a la espalda por medio de correas.

Purcell, mientras tanto, escribía en una hoja de papel las instrucciones para hacer funcionar la cámara "transferidora".

Apenas acababan los ayudantes de Woodford de depositar el equipo en el suelo de la cámara, cuando entró Blackwell a la carrera seguido de algunos hombres, entre ellos el centinela de la puerta del hangar.

-¡La señorita Arnett abrió la portezuela de la cámara momentos antes que ésta tocara en el suelo! -exclamó Blackwell excitado-. Debió asustarse de la velocidad de la caída y saltó, o bien por accidente fue arrojada fuera de la cabina. La puerta volvió a cerrarse y casi enseguida recibimos la señal de que el cono del proyectil había llegado a tierra.

-¿Así pues está viva?

-Lo estaba al menos cuando abrió la portezuela.

-¿Creen que cayó de bastante altura como para matarse? -interrogó Smiser sintiendo que empezaba a sudar.

-La altura a que se encontraba el cono, probablemente, no sería inferior a una casa de diez pisos. Pero hay una posibilidad de que la chica se salvara. Nuestra cámara cayó al mar.

-¡Cayó al mar! -exclamó Butler atónito-. ¿Cómo pueden saber eso?

-Era importante saber dónde caería la cápsula antes de enviar al mono. Por eso pusimos en la máquina un detector de humedad. Ese detector debía mandarnos una señal de radio en el caso de mojarse... ¡y la luz indica que hay agua donde cayó el proyectil!

-¡Vaya, sólo eso nos faltaba! -exclamó Smiser irritado-. Norma Arnett puede encontrarse lejos de la cámara, tal vez arrastrada por la corriente o el oleaje cuando yo llegue allá.

Los ojos de Blackwell estudiaron detenidamente la expresión del rostro del periodista.

-Smiser -dijo-. No quiero ocultarle lo que usted ya habrá adivinado quizás. Los riesgos aumentan mucho si tanto la cápsula como la señorita Arnett se encuentran a la deriva en el mar.

-Sí, lo sé -gruñó Butler-. Tendré que llevar algo más que un par de botellas de oxígeno. Cuerdas, chalecos salvavidas y una balsa de goma si es posible conseguirla. Y también alimentos por si la búsqueda se prolongara más de lo debido.

-Le diré con franqueza. Casi no quedan probabilidades de que la señorita Arnett se pueda salvar.

-¿Por la falta de oxígeno de la atmósfera de Venus, quizás?

-No. Es ahora cuando tenemos la certeza casi absoluta de que hay

oxígeno en Venus. Casi no se puede concebir un planeta que tenga océanos y carezca de una atmósfera vital. La vida, aunque reducida a especies rudimentarias, debe haber comenzado a desarrollarse en aquel planeta. Si no estuviéramos seguros de que iba a encontrar una atmósfera respirable, no merecería la pena que le dejáramos ir a usted. La señorita Arnett habría perecido por asfixia mucho antes que usted llegara para salvarla.

-De acuerdo. Y si estamos mucho rato hablando aquí, la dejaremos ahogar -repuso Smiser bruscamente-. ¿Por qué no traen esos chalecos salvavidas y esas cuerdas de una vez?

-Ya he mandado a buscar el equipo necesario. Vale la pena perder unos minutos más a condición que vaya bien pertrechado. ¿Usted sabe si la señorita Arnett es buena nadadora?

-Sí, lo es.

-Eso es mucho mejor. Bien, aquí empieza a llegar el equipo...

Unos cuantos soldados entraron apresuradamente en el hangar. Varias cajas conteniendo botes de diversas conservas fueron metidas en la cámara "transferidora" y dispuestas ordenadamente en el piso.

-Oiga, ¿seguro que cuando despierte en Venus no me encontraré todas esas latas dentro de la cabeza? -preguntó Smiser.

-No tema por eso -dijo Blackwell-. Se pueden enviar cosas distintas por estas cámaras sin temor a que se mezclen, a condición de desintegrarlas todas a la vez. Si no fuera así no podríamos enviar soldados con equipo, ni siquiera una persona vestida a través de nuestras máquinas.

Nuevos soldados y oficiales llegaron con las restantes partes del equipo: chalecos salvavidas, una balsa de goma reducida a un paquete y cuerdas. Y también un hacha, una linterna eléctrica, una cantimplora grande conteniendo agua, un machete, más paquetes de provisiones y un rifle automático "Garand".

-¿Por qué el rifle? -preguntó Smiser-. ¿Creen de veras que pueda encontrar fieras allí?

-Eso nunca se sabe -repuso Blackwell poniendo en la mano de Smiser la nota de Purcell conteniendo las instrucciones para la puesta en marcha de la máquina "transferidora"-. No representa impedimento alguno llevar un arma en ese viaje que va a emprender. En cambio podrían sobrarle ocasiones de arrepentirse por no haberla llevado. Hay municiones también en la cabina.

-Bien, bien... está bien -dijo Butler impaciente dirigiéndose a la cabina.

-Un momento, Smiser -la mano del general retuvo al periodista por el brazo-. Hay algo muy importante que debe saber. Debido a que no podíamos meter pilas eléctricas corrientes en el "Ambassador" sin que se descargaran después de un viaje de medio año por el espacio, equipamos nuestra máquina con una pila electroquímica. ¿Sabe lo que es una pila

electroquímica?

-Sí -repuso Butler impaciente-. A diferencia de las pilas eléctricas corrientes, que producen corriente por obra de ciertas sustancias químicas, la pila electroquímica recibe combustible de tanques exteriores y produce corriente mientras ésta no falte. Por un lado le entra oxígeno, y por otro le llega el combustible complementario que puede ser hidrógeno, alcohol, queroseno o algún otro producto químico. La reacción de las dos sustancias es lo que produce la corriente eléctrica.

-Perfectamente, Smiser, veo que está bien enterado. Pues bien, una de esas pilas electroquímicas se encuentra a bordo de nuestro “Ambassador”. La pila empezó a funcionar minutos antes que la cápsula tocara la superficie de Venus, accionada por un impulso de radio desde nuestro laboratorio, y sólo tiene combustible para veinticuatro horas. Antes que haya expirado el plazo de las veinticuatro horas, si no ha encontrado a la señorita Arnett, deberá usted regresar a la Tierra sin ella. Si esperara más tiempo y la pila se descargara por completo, tampoco usted podría volver.

-De acuerdo -dijo Butler consultando su reloj de pulsera-. Sólo veinticuatro horas.

-Eso es todo. Buen viaje... y buena suerte.

La mano del general Blackwell apretó con energía la mano de Smiser. Éste entró en la cámara y la puerta se cerró tras él.

El cilindro estaba iluminado interiormente y Butler no experimentó sensación alguna por el momento. Había sucedido todo con tanta rapidez que no tuvo siquiera tiempo de preocuparse. Y ahora, en la soledad y el silencio de la extraña cámara, Smiser sintió una leve opresión en el estómago.

Evocó a Norma Arnett y maldijo de ella.

Se dijo: “Bien pensado, ¿quién me mandaba a mí meterme en esto?”

Su pensamiento se desvaneció de pronto en mitad de algo parecido a una fuerte explosión de luz.

CAPÍTULO III

Al condensarse de nuevo su pensamiento, como surgiendo de un momentáneo desmayo, Butler Smiser se vio bañado de una suave luz roja que caía sobre él desde una lámpara incrustada en el techo.

Se encontraba en el interior de una reducida cámara. Bajo sus pies estaban las cajas de botes de conserva y a su lado el rifle, las cartucheras, los frascos de oxígeno y todo lo demás que le había acompañado en aquel extraño viaje.

¿Pero había viajado en realidad?

La desconfianza penetró en él. Miró a su alrededor. La cabina al menos no era la misma donde había entrado. Ésta era de forma cónica, acampanada por debajo y más alta sobre su cabeza que la otra de la Base Vandenberg.

Casi lo primero que notó, fue la violenta oscilación a que estaba sujeto el artefacto. El piso era inestable bajo sus pies y al inclinarse bruscamente le lanzó con violencia contra uno de los costados de la cabina.

Al propio tiempo algo golpeó con ruido por la parte exterior de las planchas de acero, con un chasquido a la vez blando y rudo que Butler reconoció.

Era un golpe de mar.

Apenas el estruendo de la ola contra el casco de acero hubo cesado, Butler escuchó un largo y estridente silbido.

Era el viento. Viento que levantaba el oleaje, y hacía oscilar la cápsula dándole vueltas como una peonza.

-Con buen tiempo hemos llegado -se dijo Butler en voz alta.

Pensó que sólo un milagro podía hacer que encontrara a Norma Arnett en mitad del temporal, pero esto era algo que de todos modos había de intentar. ¿Dónde estaba la portezuela?

Butler la encontró en uno de los lados de la cabina. Antes de abrir cargó a sus espaldas uno de los frascos de oxígeno a presión y se puso una mascarilla. Conectó la tráquea de caucho del tubo a su mascarilla y mientras hacía todo esto pensó en Norma Arnett.

Pensó que todos sus esfuerzos iban a ser inútiles si Venus carecía de oxígeno, y aunque nunca había sentido simpatía por la muchacha experimentó profundo pesar.

¡Pobre muchacha sacrificada por el error de unos científicos absurdos y medio locos!

Asió el tirador de la puerta, apretó el resorte y empujó.

La luz del día entró en la cabina y una fría ráfaga de viento le azotó el rostro. Una ola golpeó rudamente el costado de la inestable cápsula y la espuma de su cresta roció la cara y el cuello de Butler.

El agua no estaba fría, sino que era más bien tibia.

Casi lo primero que vio Butler fue el gran paracaídas de seda, en parte hinchado por el viento, a medias flotando sobre el agua, a medias hundido en ella.

Por el momento, el paracaídas estaba haciendo las veces de ancla e impedía que la cápsula fuese arrastrada a mayor velocidad por el viento. Este viento era muy fuerte y aullaba como un condenado levantando olas de tres metros de altura.

El día era brumoso, la visibilidad muy mala. Casi parecía un disparate intentar el rescate de un náufrago en aquellas condiciones, pero una ventaja al menos tenía Butler de su parte.

Sabía que Norma Arnett no podía estar demasiado lejos de allí.

-Probemos primero el aire -se dijo Smiser.

Asido con una mano al marco de la portezuela para no ser arrastrado al agua por un golpe de mar, se arrancó la careta de caucho con la otra mano y aspiró despacio el aire por la nariz.

Encontró que el aire era cálido y parecía tener cierto olor dulzón, pero aparte tener que aspirar profundamente y expelerlo casi enseguida de sus pulmones, no le pareció que hubiera de contener gases venenosos.

Probablemente la atmósfera del planeta estaba sobrecargada de gas carbónico, y a este efecto recordó haber leído en alguna parte que el gas carbónico no era venenoso. No servía para respirar, pero su presencia en el aire no representaba ningún peligro. La Era Carbonífera de la Tierra se había distinguido precisamente por un exceso de gas carbónico en su atmósfera, y sin embargo en aquella edad ya vivían animales que respiraban por pulmones, incluido el Hombre.

Smiser sintió que se alegraba por Norma Arnett. Al menos por falta de oxígeno no habría perecido. Norma era buena nadadora, solo llevaba quince minutos escasos en el mar, y el agua estaba templada. Mientras Butler estaba allí asido a la portezuela, viendo a su alrededor el alborotado mar, empezó a llover.

Smiser, que había servido en la Marina de los Estados Unidos y corrido mucho mundo, sólo había visto llover tan copiosamente en algunos de los países tropicales que visitó, aunque nunca probablemente con tanta intensidad.

En menos de un minuto la escasa visibilidad quedó reducida a cero y Smiser se vio rodeado de agua por todas partes. Llovía tanto que daba la impresión de poderse nadar en el aire como en el mismo mar. Smiser se vio obligado a soltar la portezuela y meterse dentro de la cápsula.

La portezuela se cerró por sí sola accionada por un muelle.

En el interior de la cápsula, hasta donde llegaban amortiguados el rumor de la lluvia y el bramido del mar y del viento, Smiser procedió a

desembarazarse de la inútil botella de oxígeno.

De cuclillas en el piso de la cápsula, reflexionó un momento.

Se dijo que sería una suerte que el temporal amainase para poder buscar a la muchacha, aunque no podía permanecer inactivo esperando tal cosa. Cuanto más tiempo dejase pasar, más lejos sería arrastrada Norma y tanto más pequeñas se harían las probabilidades de encontrarla.

Era pues preciso que abandonase la cápsula para salir en su busca. Pero si se alejaba de la cápsula, ¿cómo se las arreglaría para encontrarla y volver a ella después?

Butler sacó del bolsillo de su americana la nota de instrucciones escrita por Purcell.

"Apretar el botón rojo. Apretar el botón blanco. Tirar de la palanca roja. Apretar el botón amarillo. Tirar del conmutador".

Sencillo. Levantó los ojos y contempló con el ceño fruncido los botones y conmutador que destacaban con limpieza sobre la placa negra adosada a un lado del cilindro.

-Regresar sin ella sabiendo que está cerca de aquí -se dijo-. Nunca me lo perdonaría.

Examinó los rollos de cuerda. Era una cuerda fina y muy resistente. Habría por lo menos un centenar de yardas de ella. Suficiente para el caso que tuviera que abandonar la cápsula en la balsa de goma para rescatar a la muchacha si la veía en el mar.

Pero Norma Arnett estaría seguramente mucho más lejos de la cápsula.

Irritado, Butler abrió de nuevo la portezuela. Había dejado de llover, pero el viento seguía arreciando y las olas saltaban y giraban a su alrededor haciendo bailar rudamente la cápsula.

Un roción de agua saltó a la cara de Butler mojándosela por completo.

Butler probó el agua que humedecía sus labios. ¡Era agua dulce!

"Un lago", pensó Smiser. "No es el océano, sino un lago".

Por primera vez alentó la esperanza de encontrar a Norma Arnett viva o muerta. Si las leyes de la naturaleza eran las mismas en Venus que en la Tierra, un lago de agua dulce no debía ser excesivamente grande.

Butler se preparó para abandonar la cápsula.

Quitó el muelle de la puerta para impedir que ésta se cerrara, arrancó el tapón de la botella de gas de la balsa y arrojó el paquete al agua reteniendo un cabo. El ácido carbónico infló la balsa.

Butler puso sobre la balsa un par de cajas de conservas, los chalecos salvavidas, el hacha y la cantimplora. Se puso la cartuchera, colgó de ésta machete y cuchillo y tomó el rifle.

Cuando estaba ya sobre la balsa, a punto de cortar la amarra, descubrió en la parte exterior de la cápsula unos mandos que se correspondían en orden y número a los que existían dentro de la cámara. Estos botones

debían estar allí para “desatomizar” desde fuera cualquier cosa que se desease enviar desde fuera.

Butler tuvo entonces una idea. Volvió de nuevo a la cápsula, sacó su bloc de notas y garrapateó un mensaje para el general Blackwell, comunicándole el estado del tiempo y su propósito de buscar a miss Arnett por los alrededores. Dejando la nota sujetada al cuadro de mandos interior, regresó a la balsa y apretó los botones en el orden que rezaban las instrucciones.

Sacó el cuchillo del cinturón y cortó la cuerda.

Tomando asiento en la rejilla del fondo de la balsa, Butler se puso el rifle terciado a la espalda, sacó uno de los dos remos y bregó durante un rato para poner la popa al viento.

Cuando se alejaba de la cápsula se volvió. Entonces descubrió que sobre el cono de la cápsula brillaba una luz blanca en forma de destellos pausados, seguramente porque había una lámpara giratoria como el fanal de los faros en la costa.

La cápsula flotaba bien y se balanceaba con rudeza bajo el embate de las encrespadas olas y la fuerza del viento. Pero el paracaídas que se empapaba de agua la retenía e impedía que hasta cierto punto el balanceo fuese más rudo.

El viento y las olas arrastraron pronto la ligera balsa lejos de la cápsula.

No llevaba Smiser cinco minutos sobre la balsa, y ya estaba empapado de pies a cabeza. En este mismo espacio de tiempo, la cápsula había desaparecido de la vista de Butler detrás de la neblina. Fue una sensación muy desagradable aquélla de encontrarse repentinamente perdido y solo en medio de las embravecidas olas, pero Butler se rehizo prontamente de esta angustiosa sensación de insignificancia y soledad aplicándose con denuedo al remo.

La balsa, impulsada por el viento, el empuje de las olas y el remo de Butler, se deslizaba con rapidez sobre el agua. Tan pronto remontaba la cresta de una ola a varios metros de altura, desde donde Butler podía alcanzar a ver cierta extensión de las aguas, como bajaban en picado hacia el seno de las olas que se levantaban delante y detrás amenazando con sepultarla.

-Amigo mío, te has metido en un bonito lío -rezongaba el periodista mientras jadeaba y se esforzaba por dar la parte más estrecha de su embarcación al viento.

De pronto, a menos de veinte yardas de distancia de la balsa, algo oscuro y monstruoso asomó sobre las aguas.

Era un cuello. Un largo cuello reptilesco rematado por una cabeza que se volvió un instante para mirar al hombre que iba sobre la balsa, y que enseguida volvió a sumergirse en las revueltas aguas dejando ver por un

segundo un lomo escamoso con una línea de membranas que formaban los dientes de una sierra.

Butler quedó paralizado por el estupor. Entrevista breves segundos a través de la neblina, la aparición se le antojó algo irreal producto de su imaginación.

Pero Butler tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros y estaba seguro de no haber soñado.

Era un reptil. Un reptil gigantesco como los que existieron en la Tierra en la remota era carbonífera.

Como periodista, la curiosidad de Butler Smiser era insaciable. Pero llegado a este punto, Butler estimó que la cosa se sobrepasaba incluso a las aspiraciones del más ambicioso periodista. Suponiendo que la aventura acabara bien y pudiera regresar a la Tierra, el error de los ayudantes de Woodford enviando a una periodista a Venus en lugar del mono, su propio viaje a este planeta para rescatar a Norma Arnett, la descripción de sus angustias y del temporal, y finalmente su feliz regreso al planeta de origen, eran temas suficientes para el más sensacional artículo que se hubiera escrito jamás.

Los monstruos antediluvianos sobraban a juicio de Butler. No eran necesarios ni añadían interés a la aventura. Pero podían significar un peligro y el malogro de toda la aventura en fin, si por estupidez o por maldad le herían a él o simplemente destruían la máquina "transferidora"...

Intranquilo ahora, Butler siguió remando sin dejar de vigilar a su alrededor.

Advirtió que las aguas eran turbias y terrosas. Esto sólo podía significar que el fondo del lago estaba cerca. Y de que se encontraba en un lago estaba ahora seguro. En un mar abierto, las olas que levantaría el huracán serían mucho mayores que las que le asaltaban por detrás en estos momentos.

Un sobresalto fue para Butler ver una masa oscura y rugosa semiflotando en la cima de una onda. ¡Un monstruo!

Pero no era un monstruo, sino simple y llanamente un tronco a la deriva. Luego había también vegetación en el planeta. ¿Por qué extrañarse? Difícilmente podía concebirse que hubiera animales en un mundo que careciese de vegetación para alimentarlos.

Venus pues, corroborando la teoría más popularizada en la Tierra, era un planeta en donde la vida, emergiendo del océano, poblaba la tierra firme y comenzaba su período de adaptación al medio ambiente, multiplicándose sus especies tanto animales como vegetales. También la Tierra en su remoto pasado debió ser así.

La fuerza del viento le pareció a Butler que amainaba, pero las olas seguían siendo muy altas cuando alcanzó a divisar una línea oscura a través

de la bruma en el horizonte. Tropezó con más troncos flotantes y vio algas y raíces sobrenadando las turbias aguas a su alrededor.

La orilla del lago estaba más cerca que lo que parecía a través de la bruma.

El viento siguió empujando la ligera balsa después que Butler dejó de remar. Mudo y tenso, Smiser quedó presenciando la alta barrera en movimiento que ante él formaba la línea de la selva. Los árboles, a lo que vio, eran helechos gigantes como los que en la Tierra formaron los grandes yacimientos de hulla.

La selva parecía impenetrable y el rumor del follaje removido por el viento era uno de los ruidos más impresionantes que Smiser escuchó jamás.

Junto a la misma orilla del lago se levantaba un muro apretado de vegetación. La balsa fue empujada contra esta barrera de altas cañas y su solitario tripulante se vio lanzado fuera de su embarcación. Butler volvió apresuradamente atrás para coger la punta de la amarra.

Empuñando el hacha empezó a abrirse paso a golpes a través del cañaveral hasta que consideró que la balsa estaba a salvo de las olas que pugnaban por arrastrarla de nuevo al agua.

Al detenerse jadeando, Butler descubrió que tenía las ropas destrozadas y estaba cubierto de arañazos. Del suelo de la selva y de la espesa capa de mantillo que cubría la tierra rezumante, salían vaharadas de vapor caliente que olía a materias orgánicas en descomposición.

El calor era bochornoso, casi asfixiante.

Lanzando juramentos y reniegos, Butler volvió atrás hasta la orilla del lago para recoger las cosas que salieron despedidas de la balsa al encallar.

Trasladó las cajas de botes hasta donde había dejado la balsa. Ésta se estaba deshinchando.

-¡Muy bien, lo que nos faltaba! -rugió Butler descargando un puntapié contra la inutilizada balsa.

Como si la imprecación de Smiser hubiese asustado al viento, éste cayó con tal fulminante brusquedad que el joven miró a su alrededor con alarma.

Al cesar el viento y quedar inmóviles las hojas, un silencio impresionante, infinitamente más abrumador que el ruido del temporal, cayó de golpe sobre la inmensa selva.

“Tal vez no dure mucho este silencio después de todo”, se dijo Smiser.

Y haciendo bocina con las manos llamó:

-¡Normaaaa! ¡Señorita Arnett!

La selva se tragó sus gritos sin devolver el más pequeño eco.

Llamó de nuevo, añadiendo su propia identidad:

-¡Soy Smiser, señorita Arnett! ¡Contesteee!

Silencio absoluto, abrumador.

Butler cogió el hacha, se acercó a uno de los troncos y lo atacó con la

herramienta practicando una muesca que más tarde habría de servirle como señal para identificar el lugar donde había desembarcado.

Norma Arnett, empujada por el temporal contra la costa, debía encontrarse en alguna parte no lejos de allí. No cabía esperar de ella que se hubiese internado en la selva, sino que se mantendría junto a la orilla del lago tal vez confiando que alguien fuera a salvarla.

Teniendo esta certeza casi absoluta, sólo faltaba decidirse por el lado que debería empezar a buscar.

Smiser dejó en esta ocasión que el presentimiento tirase de él.

Se decidió por echar a andar por la derecha.

La selva era espesa en cualquier lugar y dirección que tomase. Entre los gigantescos troncos de los helechos, cuyas copas alcanzaban tal vez los cien metros de altura, crecían retoños de distintos tamaños que entorpecían el paso y había que ir derribando a golpes de hacha.

La evaporación de la humedad del suelo era muy intensa. El calor sofocante.

Smiser se desembarazó de la empapada chaqueta, que dejó colgada de una rama como punto de referencia para volver. A cortos intervalos se detenía para descansar y llamaba de nuevo haciendo bocina con las manos.

Trató de dominar su desaliento. La búsqueda podía durar todo el día, horas y más horas... ¿Cuándo anochecería?

Mientras seguía avanzando a golpe de hacha procuraba mantenerse siempre cerca de la orilla del lago. En una ocasión escuchó un chapoteo en las aguas vecinas. Se detuvo sintiendo latirle el corazón más aprisa. ¿Sería Norma?

Ya iba a llamar cuando vio alzarse sobre las cañas una cabeza reptilesca implantada sobre un largo cuello de pato. Un escalofrío recorrió la espina dorsal del terrícola mientras el monstruo movía pesadamente su cabeza a un lado y otro...

El largo cuello se recogió sobre sí mismo, la negra cabeza desapareció y de nuevo se escuchó el chapoteo de la bestia alejándose.

-¡Brrrr! -hizo Smiser estremeciéndose friolero.

Nunca le habían gustado los reptiles. Desde su más tierna infancia la vista de una culebra, incluso la de un simple lagarto, le había producido irreprimible erizamiento de cabellos. Durante muchos años creyó que esta instintiva repulsión obedecía a alguna causa anormal, patológica o imaginativa...

Luego descubrió que había mucha gente que también sentía la misma intolerable repugnancia hacia los reptiles, y que las personas que detestaban a estos bichos formaban inmensa mayoría sobre las que los toleraban e incluso los cogían con la mano.

Y esta aversión contra los reptiles no era cosa nueva en el género

humano, pues ya el espíritu del mal, encarnado en una serpiente, había inducido a Eva a tomar el fruto prohibido del Árbol de la Vida en el Paraíso Terrenal.

Butler, habiéndose tranquilizado a sí mismo, continuó desmochando ramas con el hacha, abriéndose paso a través de la selva.

Quince minutos más tarde empezaron a caer gruesos goterones de lluvia.

Butler adivinó que pronto el ruido del aguacero ahogaría a toda voz que él pudiera lanzar llamando a la muchacha. Por lo tanto se apresuró a llamarla haciendo de nuevo bocina con las manos.

-¡Norma! ¡Norma Arnett! ¡Soy Smiser! ¿Dónde está?

Realidad o ilusión, creyó escuchar un lejano y débil grito delante de él.

El corazón le latió con redoblada fuerza.

-¡Normaaa!

-¡Aquí!

Esta vez Butler estaba seguro de haber escuchado la voz de la muchacha.

Desgraciadamente, Butler no pudo reafirmarse en esta esperanza. Un trueno fragoroso estalló sobre su cabeza, y como si ésta hubiera sido la señal para que el cielo entenebrecido abriera sus compuertas, un verdadero diluvio se volcó sobre la selva.

El retumbo de los truenos y el rumor de la lluvia sobre la techumbre de hojas que Smiser tenía sobre su cabeza habrían sido capaces de ahogar el cañoneo de toda una batería gruesa.

La lluvia, al deslizarse por las hojas de los helechos, llegaba al suelo en forma de chorros. Y éstos eran tan espesos que Butler sintió que apenas podía respirar.

Prosiguió no obstante con denuedo derribando arbolillos con el filo de su hacha. Siguió llamando con fuertes gritos. Cerca de allí, una voz ahogada por el fragor de la tormenta, le contestó con acento de desgarrado júbilo:

-¡Aquí! ¡Aquí!

Una figura venía abriéndose paso con dificultad a través de la vegetación y la cortina de la lluvia.

Momentos después Butler recibía en sus brazos a una mujer sollozante que se apretaba trémula toda ella contra su pecho.

Era Norma Arnett.

CAPÍTULO IV

Inmóviles bajo el aguacero permanecieron unos minutos mientras los dos se tranquilizaban. Luego ella hizo leve presión con las manos contra los hombros de Butler y se separó de él.

El agua de la lluvia chorreaba por la cara de la chica desde sus rubios cabellos empapados. Tenía la cara llena de arañazos, el vestido hecho jirones mostrando por diversas rasgaduras la blancura de la carne, y las manos lastimadas.

Lejos de esta muchacha empapada, sucia y temblorosa quedaba la imagen de aquella Norma Arnett impecable, serena y segura de sí misma que Butler había conocido y detestado.

Pero aunque ella ofrecía un aspecto lamentable, a Butler le gustó más así.

Norma, por su parte, recobraba la serenidad y con ésta el sentido de la dignidad. Se apartó con una mano las lacias crenchas de cabello húmedo que se pegaban a su frente, levantó los ojos y miró a su salvador.

-¿De modo que usted? -preguntó como si le molestara profundamente que fuese precisamente Smiser y no otra persona cualquiera la que se encontrase a su lado.

Smiser conocía la opinión que la muchacha tenía formada respecto a él, pero esto ahora no le importó. Quizás más adelante se complaciera en demostrarle a Norma Arnett que estaba equivocada. Por lo pronto los dos participaban de la misma apurada situación. Juntos tendrían que vivir la incertidumbre del regreso a la Tierra, y juntos regresarían a menos que la suerte les deparara el destino más amargo de perecer juntos en el inhóspito planeta.

La tormenta restallaba con violencia sobre sus cabezas y el fragor de los truenos hacía estremecer el suelo bajo sus pies.

Smiser hizo una seña a la chica para que le siguiera.

Bajo la techumbre de la selva, el día era tan oscuro como si fuera de noche. Butler encendió su linterna eléctrica, sólo para comprobar por el reloj que habían transcurrido seis horas desde que abandonó la máquina "transferidora".

¡Seis horas ya! Nunca hubiera dicho que pudiese haber pasado tanto tiempo.

Casi con la misma brusquedad que había comenzado la tormenta cesó de llover. Los truenos se alejaban. Butler escuchó el ruido que hacía la muchacha al caer detrás de él y se detuvo.

Norma Arnett se incorporó mirándose la falda desgarrada hasta más arriba de la rodilla.

-¿Se hizo daño?

La luz había aumentado algo al alejarse las nubes de tormenta y Butler pudo ver cómo la chica enrojecía tratando de cubrir el esbelto miembro que asomaba por el desgarrón de la falda.

-No. No es nada.

-¿Quiere que descansemos unos minutos?

-He descansado mucho tiempo mientras esperaba que alguien viniera a buscarme. No estoy cansada.

-Pero yo sí. Pasé una hora luchando contra la tempestad en el lago, y llevo cinco horas marchando a través de la selva abriéndome paso a golpe de hacha hasta que la encontré a usted.

-¡Oh, perdón! Naturalmente, podemos descansar si usted quiere.

-Muchas gracias -dijo Butler sarcástico.

Sostuvo el hacha bajo el brazo, metió la mano en el bolsillo de su camisa y extrajo un paquete de cigarrillos. Pero el paquete estaba empapado de agua y los cigarrillos se habían convertido en una materia incombustible que se deshizo entre los dedos del periodista.

-Bueno, quizás sea mejor seguir andando -dijo Butler molesto arrojando con furia el paquete al suelo.

-¿Vino usted solo?

-Sí.

-¿Y por qué usted?

-¿Y por qué no yo?

-Bueno, no es que importe... Pero habiendo tanta gente allí en la Base... soldados y oficiales...

-No teníamos tiempo que perder. El general Blackwell iba a buscar voluntarios cuando yo me ofrecí. ¿Es que se siente decepcionada?

Butler vio a la chica hacer un mohín de disgusto.

-Mire, si no le importa, prefiero no contestar a su pregunta.

-Entonces es que verdaderamente se siente decepcionada -dijo Butler sintiéndose mortificado-. Dígame, ¿cómo se cayó de la cápsula?

-Por la portezuela.

-¡Oh, claro! -exclamó Butler irónico.

La chica permaneció silenciosa un minuto. Luego habló:

-Me di cuenta de que algo anormal ocurría cuando desperté en aquella cápsula. La cabina no sólo me pareció distinta de las que acababa de ver en el hangar, sino que aquello se estaba moviendo mucho... como colgando de una cuerda a modo de un péndulo. Me estuve quieta. No quería asustarme. Temía que el general Blackwell se estuviese gastando una broma a mi costa y esperaba que la portezuela se abriría de un momento a otro y escucharía sus carcajadas... Pero aquello iba durando demasiado. Todavía no podía imaginar que hubiesen podido enviarme a Venus en lugar del mono por equivocación... Porque sería por error, ¿no es cierto?

-Sí, así fue. El ayudante del profesor Woodford había dejado la máquina en disposición de despachar al mono apenas la cápsula tocase el suelo de Venus. No se dieron cuenta de la barbaridad que habían hecho hasta que fue demasiado tarde.

-Algo así me figuré que habría ocurrido. Pero no en el primer momento, cuando desperté en aquella cabina y me sentí zarandeada. Pasado un largo rato, ya demasiado intranquila para contenerme, cogí el asa de la puerta y empujé. La puerta debía tener algún fuerte muelle que la sostenía cerrada, o bien se había atascado. Di un fuerte empujón al mismo tiempo que un golpe de viento me lanzaba contra la puerta... ¡la puerta se abrió y yo salí como un proyectil por ella, quedando colgada del asa sobre el vacío!

-¡Caramba!

-Sentí que la sangre se helaba en mis venas. El terror, la sorpresa de verme a tanta altura... todo debió influir de modo que me sentí desfallecer. Debí soltarme. Me sentí caer en el vacío y luego zambullirme a gran profundidad en agua tibia... Soy buena nadadora.

-Lo sé. Recuerdo que la vi nadando en una piscina en Miami cierta vez que nos condujo a Florida el mismo propósito de interviuvar al mismo personaje político...

-Soy buena nadadora -continuó Norma Arnett-. Creo que debí reaccionar por instinto y salir a la superficie incluso antes que yo pudiese comprender nada de cuanto ocurría. El mar estaba alborotado a mi alrededor... y yo tenía miedo. El miedo es el peor mal que puede aquejar a un nadador cuando se ve solo en la oscuridad o lejos de la costa. Hice un poderoso esfuerzo por serenarme y braceé para sostenerme a flote.

-¿No vio la cápsula que caía cerca de usted suspendida de un gran paracaídas?

-Vi la cápsula en el momento que tocaba el agua, pero estaba algo lejos. Traté de nadar hacia ella. El viento y el oleaje eran muy fuertes y me arrastraron lejos de aquella especie de boya. Luego empezó a llover torrencialmente. Perdí de vista la cápsula y me sentí sola y abandonada. Estuve como un par de horas en el mar hasta que sentí que tocaba el fondo con los pies. Cuando alcancé la costa me dejé caer rendida entre las cañas y rompí a llorar. ¡Sí, lloré mucho! Lloré de desesperación y de rabia, porque creía comprender que me habían enviado a Venus por error o por maldad... y tuve miedo. No me avergüenza confesarlo. ¡Tuve mucho miedo!

-No tiene que avergonzarse por haberlo sentido -repuso Butler.

Se miraron a los ojos. La chica sacudió la cabeza.

-¡Es todo tan fantástico, tan irreal! -exclamó-. Casi no puedo creer que nos encontremos en un planeta lejano de la Tierra.

-Pues sí, lo estamos. Esto es Venus sin el menor género de dudas. Y lo peor de todo es que nos encontramos perdidos en él.

-¡Perdidos! -exclamó Norma aterrada-. ¿Qué quiere decir? ¿No vino usted con esa cápsula?

-Sí.

-¿Y dónde está? A la cápsula me refiero.

-La cápsula tuve que abandonarla para venir a buscarla a usted. Me embarqué en una balsa neumática, pero la muy maldita se pinchó y se desinfló cuando la saqué a tierra. La cápsula quedó bien dentro del lago, y a menos que el viento y las olas la arrastraran hasta la orilla va a resultar un problema de todos los diablos dar con ella.

-¡Pero tenemos que encontrarla!

-Claro, tenemos que encontrarla. No tenemos otro medio para regresar a casa. ¿O cree que me seduce la idea de quedarme en Venus para siempre, convertido en un auténtico Adán?

Norma Arnett guardó sombrío silencio.

-¡Dios mío! -gimió retorciéndose las manos-. Sería demasiado horrible... ¿Mas por qué hemos de desesperar tan pronto? ¿Dice usted que la cápsula cayó en un lago? ¿Cómo sabe que se trata de un lago y no de un mar o un océano?

-El agua es dulce. ¿No lo advirtió?

-Sí.

-Y las aguas son poco profundas. Todo parece indicar que se trata de un lago. En el peor de los casos, la cápsula no puede haber ido muy lejos. El paracaídas que colgaba de él iba arrastrando por el fondo. Espero que se haya enganchado en las plantas submarinas del fondo y permanezca en el lugar donde la dejé o cerca de allí. Sobre todo ahora que ha amainado el temporal.

-¿Podríamos ir a nado hasta ella?

-Tengo un par de chalecos salvavidas en la balsa. Si viéramos la cápsula desde la orilla nadaríamos hasta ella. De lo contrario quizás tengamos que construir una armadía para una exploración más prolongada del lago.

Norma asintió. Luego levantó los ojos hacia la techumbre de hojas.

-Parece que está anocheciendo -apuntó.

El sol, como los astrónomos de la Tierra habían predicho, jamás podía verse a través del espeso manto de nubes que cubría el cielo de Venus. Por lo tanto era difícil distinguir entre el crepúsculo vespertino y un oscurecimiento del cielo producido por la acumulación de nubes de tormenta, que tan frecuentes parecían ser en el planeta.

-Puede que anochezca, y puede que vuelva a llover -dijo Smiser.

Pero anochecía. Mientras marchaban de nuevo por el sendero que Butler había abierto a golpes de hacha, la oscuridad iba en aumento a su alrededor.

Muy pronto Butler tuvo que echar mano de la linterna eléctrica para seguir la trocha.

Aunque no había invertido menos de cinco horas para abrirse paso a través de la selva hasta el punto donde encontró a Norma Arnett, Butler sólo empleó una hora y treinta minutos para regresar al lugar donde había dejado la balsa.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó la muchacha dejándose caer desfallecida sobre la balsa desinflada-. ¿Tenemos que esperar a que amanezca para buscar la cápsula?

-Temo que no podamos hacer otra cosa sino esperar. Ahora comeremos. Estoy hambriento.

-¿Cómo puede sentir apetito en nuestra situación?

-Lo tengo. Debe ser indiferencia del estómago por todo cuanto ocurre a su alrededor.

Butler levantó con el hacha los listones de una de las cajas para sacar un par de botes de carne mientras Norma le alumbraba con la linterna. Butler abrió los botes y dijo:

-Ya puede apagar la linterna. Me las arreglaré a oscuras.

-Si las pilas eran nuevas, todavía pueden durar un par de horas hasta agotarse.

-Precisamente por eso debe apagarla. No sabemos si no necesitaremos de ella en un momento dado antes del amanecer.

Guardaron largo silencio mientras Butler movía las mandíbulas en la oscuridad. Al cabo de un rato dijo la muchacha:

-Déme un poco de esa carne.

La linterna volvió a brillar mientras uno de los botes pasaba a manos de Norma Arnett.

-Apague esa linterna -dijo Butler después.

-¿Por qué tan ahorrativo? -inquirió la joven malhumorada.

Butler guardó largo silencio reflexionando, antes de decidirse a confesarle la verdad.

-Puede que tengamos que empezar a ahorrar de todo a partir de mañana, alimentos, munición y todo lo que sea susceptible de alargarse. Hace ocho horas que me despacharon a Venus dentro de esa condenada máquina “transferidora”, y las pilas de la cápsula en que llegamos sólo alcanzarán a durar otras dieciséis horas. Si en ese tiempo no hemos recuperado la cápsula, serán vanos todos los esfuerzos que hagamos después para rescatarla. La máquina, sin fuerza eléctrica, será incapaz de devolvernos a la Tierra... y entonces habremos quedado condenados a quedarnos para siempre en este maldito planeta.

-¡Dios mío! -exclamó la chica con voz ronca. Y Butler oyó el ruido del bote de conserva al caer de su mano-. ¿Es posible que eso sea verdad?

-Lo es.

-¿Por qué no lo dijo antes?

-Estaba pensando no decírselo hasta que nos encontráramos a bordo de la cápsula o bien hubiesen transcurrido las veinticuatro horas del plazo fatal. Al menos la búsqueda no habría resultado tan angustiosa para usted.

La oscuridad los envolvía de nuevo y Butler no pudo ver la expresión del rostro de su colega.

-¡Veinticuatro horas! -la oyó murmurar cerca-. Y de ellas ya han transcurrido ocho. ¿Cómo puede quedarse tan tranquilo?

-No estoy nada tranquilo -gruñó Butler-. Pero procuro disimularlo. El pánico, la angustia y la ansiedad no pueden ayudarnos a encontrar esa condenada cápsula más pronto.

-¿No deberíamos estar empezando a construir esa armadía con cañas, en vez de quedarnos aquí sentados, comiendo tranquilamente?

-¿Quiere que vayamos chapoteando aquí y allá en la oscuridad para acabar de agotar la linterna en una sola hora de trabajo estéril? Estoy muy cansado. Tengo que dormir unas horas, o mañana seré un periodista inútil, que irá cayendo aquí y levantándose allá.

-Nunca ha valido gran cosa como periodista -dijo la muchacha entre dientes-. ¡Ojalá valiese algo más como Robinsón!

El pedazo de carne que Butler tenía en la boca se le atravesó en la garganta. Rompió a toser ahogadamente y, furioso, arrojó lejos de sí la lata.

-Usted puede hacer lo que le dé la gana -dijo con voz entrecortada cuando pudo hablar-. Yo dormiré porque eso es lo que me hace falta.

Moviéndose en la oscuridad cogió una de las cajas y la colocó debajo de la balsa para que le sirviese de almohada. Luego se tendió cuan largo era sobre la tela impermeabilizada de la misma balsa, de modo que le protegiera de la humedad que rezumaba del suelo.

Estaba verdaderamente cansado y, aunque furioso, quedó dormido casi en el acto.

La noche era calurosa.

Se encontraba sumido en profundo sueño, cuando despertó alarmado al escuchar un grito terrible.

Aquel grito casi le puso derecho de un salto. Alargó la mano y cogió el rifle.

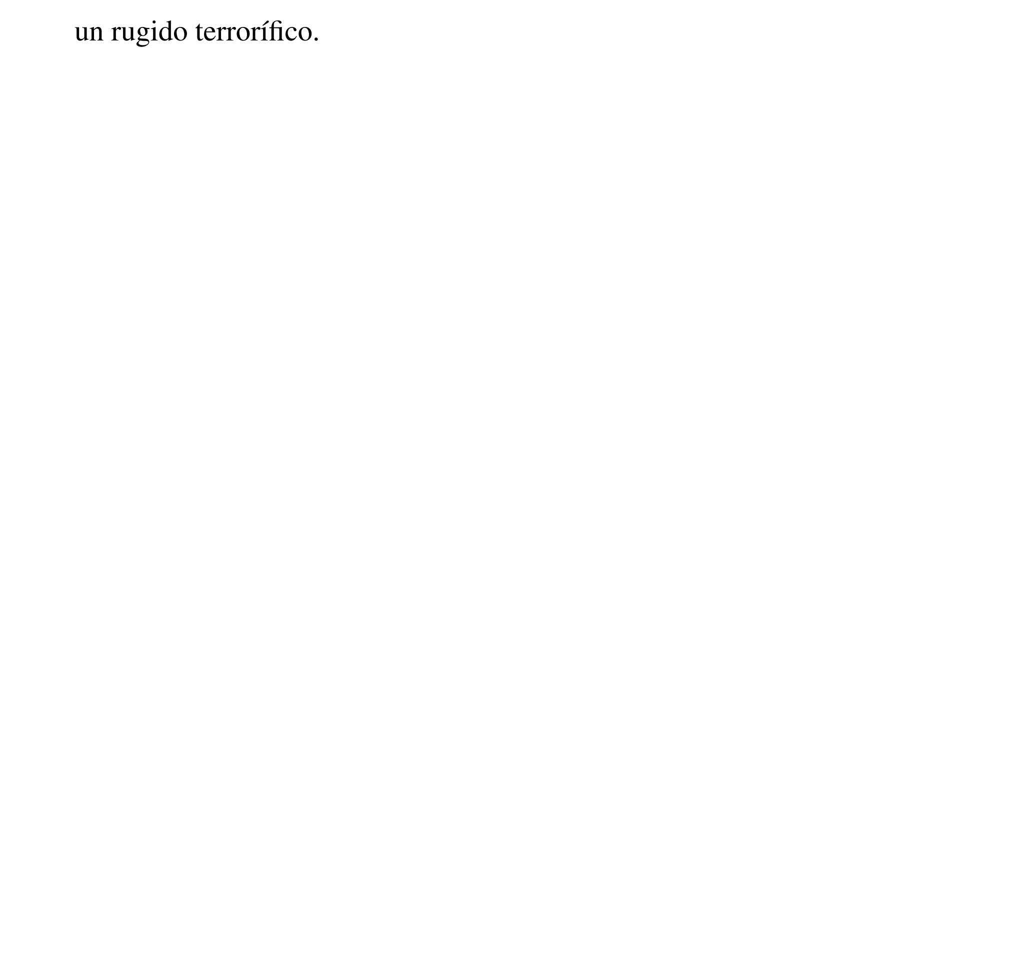
-¡Norma! -llamó.

La respuesta le llegó en forma de un grito de terror.

Se puso en pie de un salto. Por entre las cañas alcanzó a ver la luz de la linterna oscilando de un lado a otro, tal como si estuviese en la mano de alguien que corría.

En efecto, era Norma Arnett quien venía corriendo, chapoteando en el agua del lago mientras tras ella se alzaba una mole formidable que emitió

un rugido terrorífico.



CAPÍTULO V

Butler Smiser tiró del cerrojo del “Garand” introduciendo un cartucho en la recámara.

A pesar de la oscuridad reinante había cierta vagorosa claridad en el cielo, tal vez producto de una aurora boreal, o acaso porque estaba empezando a amanecer. Y contra esta débil claridad del cielo se recortaba la mole del monstruo mientras perseguía a Norma Arnett.

Butler levantó el cañón del rifle, apuntó de cualquier manera y disparó. Un tiro, dos, tres...

Las balas o tal vez el estampido de los disparos detuvieron al monstruo. Era un dinosaurio, esto era todo lo que Smiser conocía del animal.

El dinosaurio rugió abriendo sus fauces cuando Norma llegaba desalada dejando la ropa a jirones en las puntas de las cañas para caer aterrada a los pies de Smiser.

-¡Apague esa maldita linterna! -gritó Butler.

La muchacha obedeció.

El monstruo estiró su cuello. Butler levantó de nuevo el rifle y le tiró a la cabeza.

Esta vez el monstruo cayó. Cayó pesadamente, con siniestro chapoteo, pero ya en el agua siguió moviéndose torpemente, agitando las patas y dando furiosos coletazos que hicieron salpicar el agua hasta el lugar donde se encontraban los dos periodistas.

Butler alargó una mano ayudando a la muchacha a incorporarse en la oscuridad.

-¿Se encuentra bien?

-¡Dios mío, sí!

-Déme esa linterna.

La chica se la puso en la mano. Butler la tomó y avanzó con ella entre las cañas acercándose al monstruo.

Encendió la linterna, y aunque reprimiendo su instintiva repugnancia, alumbró con una mano la cabeza del saurio mientras con la otra le disparaba contra la cabeza casi a bocajarro.

Con gran sorpresa suya, el dinosaurio siguió moviéndose y dando coletazos.

Norma Arnett se acercó a Butler por detrás.

-Ese bicho debe tener la cabeza acorazada -dijo Butler-. Le he descerrajado un tiro en ella... y mírelo. Todavía se mueve.

-No malgaste más balas disparando contra su cabeza. No es que la tenga acorazada. Si no recuerdo mal las lecciones que aprendí de Historia Natural, el cerebro de estos saurios, al menos de los saurios que existieron en la Prehistoria de la Tierra, era tan sumamente pequeño y torpe que

tenían que valerse de centros nerviosos auxiliares distribuidos por diversas partes de su cuerpo para moverse con alguna agilidad.

-¡Vaya! ¿De modo que estos bichos tienen más de un cerebro?

-Pues sí, en cierto modo. El saurio está muerto. Pero sus restantes centros nerviosos siguen animados de movimiento y es posible que esté así durante largo rato.

-Vamos, como los rabos de las lagartijas.

-Como los rabos de las lagartijas.

Smiser apagó la linterna. Al volverse para retroceder, sus pies tropezaron con un objeto metálico que al ser alumbrado resultó tratarse del machete. Como además junto al machete encontrara un haz de gruesas cañas cortadas, Butler preguntó:

-¿Estuvo trabajando cortando cañas, no es eso?

-No podía dormir. De modo que decidí ganar algo de tiempo empezando a cortar cañas.

-Y, naturalmente, utilizó la linterna para alumbrarse. ¿No le dije repetidas veces que mantuviera esa linterna apagada? El dinosaurio debió acudir atraído por la luz.

-Usted no me advirtió que hubiera saurios gigantes por aquí.

-No quise asustarla, pero a ese bicho ya lo había visto dos veces. Una mientras estaba en la balsa. La otra cuando iba en busca de usted por la orilla del lago.

-Si quiere hacerme un favor, no vuelva a ocultarme cosas como la de la cápsula y los saurios, solamente porque vaya a asustarme. No soy una chiquilla que vaya a echarse a llorar.

Butler levantó la cabeza para mirar al cielo. Luego alumbró con la linterna su reloj de pulsera. En el reloj era la una.

-La una de la tarde en California -murmuró Butler apagando la linterna-. Han pasado quince horas y sólo nos quedan nueve para buscar y encontrar la cápsula. Bueno, parece que empieza a amanecer. Podemos empezar a trabajar en esa armadía.

Tomando uno el hacha y el otro el machete se pusieron a cortar altas y gruesas cañas chapoteando en el agua. El dinosaurio daba todavía algún tardío coletazo y la luz aumentaba rápidamente en el cielo gris.

El calor reinante había secado las ropas sobre sus cuerpos cuando de nuevo empezó a llover.

-¿Es que en este condenado mundo está lloviendo a todas horas? -refunfuñó Smiser.

-Venus es un mundo tropical. Como está cincuenta millones de kilómetros más próximo al sol que la Tierra, la evaporación de sus mares debe ser muy intensa. Por eso está lloviendo a cada momento.

-Lástima que no supiera con antelación que iba a hacer un viaje a

Venus. Con tiempo por delante me habría documentado mejor acerca de las condiciones físicas y climatológicas de este planeta.

-No se preocupe. La mejor documentación que existe acerca de Venus la tenemos ahora nosotros. -Norma Arnett quedó un instante pensativa mientras el agua de lluvia chorreaba por su cara-. ¿Se da cuenta, señor Smiser? Usted y yo somos los primeros seres humanos que pisan este planeta. Espero que nuestro nombre figure en adelante en las enciclopedias al lado del de Colón y otros descubridores y exploradores famosos.

-¡Qué duda cabe! -exclamó Butler con sorna-. Como nuevos Colones o como émulos de Adán y Eva, nuestra inmortalidad está asegurada. ¿Se imagina usted misma con una hoja de parra representando el papel de Eva venusina, señorita Arnett?

La chica se irguió y mirándole con pupilas relampagueantes, arreboladas las mejillas, contestó secamente:

-Si ha de ser usted el Adán, ya puede asegurar que toda la generación venusina del futuro termina y acaba en nosotros mismos.

-¿Me desprecia, eh? -gruñó Butler-. Bueno, bueno... Tal vez haya cambiado de opinión dentro de veinte años. Esperaré. ¡Oh, sí, esperaré!

La mirada de la muchacha era furiosa al decir:

-Si es una broma, Smiser, no le alabo la gracia. No, no tiene maldita la gracia hacer chistes acerca de nuestra propia desgracia, nuestra incertidumbre y nuestra angustia. Es casi como desafiar al Destino a que nos juegue una mala pasada. Y eso no trae buena suerte.

-No sabía que fuese supersticiosa. Está bien, no haré más chistes a propósito de nuestra situación.

Volviendo a donde había dejado la inútil balsa, Smiser cogió los rollos de cuerda y regresó al lado de la chica. Hizo varios haces con las cañas cortadas. Luego echó los haces al lado, se metió con agua hasta la cintura y procedió a unir unos haces con otros hasta formar una balsa que, debido al aire que contenían las cañas, flotaba muy bien.

Cuando hubo comprobado que la balsa tenía suficiente capacidad y flotabilidad para dos personas, Butler regresó a tierra en busca de los remos, los chalecos salvavidas, la cantimplora y las cajas de botes de conserva. La balsa de goma, por inútil, la dejó abandonada.

Regresando con toda la carga, Smiser puso ésta en el centro de la armadía, incluso el rifle y las municiones cuidando para que éste no se mojara.

Todavía con el hacha cortó dos largas y robustas cañas para servirse de ellas como pértigas. Finalmente regresó para ayudar a la chica a subirse a la balsa y subió él también.

-¿Por dónde empezamos a buscar? -preguntó la señorita Arnett impaciente, empuñando una de las pértigas.

-Vamos a navegar en la dirección que aproximadamente soplaba el viento ayer. Si el paracaídas se enredó en las plantas del fondo del lago, la cápsula puede estar bastante profunda lago adentro. De lo contrario es posible que el viento la empujara hasta hacerla encallar en algún punto de la orilla.

Hincando las pértigas en el fondo cenagoso del lago, los dos empujaron a la vez impulsando la balsa aguas adentro.

Norma se santiguó. Como Butler la mirara ella dijo:

-Quiera Dios que haya suerte.

-Así sea -subrayó Smiser fervorosamente.

Smiser maldijo entre dientes cuando empezó a llover de nuevo.

-Con esta maldita lluvia y la neblina, no es posible explorar a la vez la costa y el lago. Si nos alejamos no vemos lo que hay en la orilla, y si nos acercamos lo suficiente para registrar el cañaveral no distinguimos apenas a media milla de distancia aguas adentro.

-Naveguemos primero hacia el centro del lago -dijo Norma-. Nos llevaría todo el día registrar la orilla con toda esa espesa vegetación.

Al alejarse de la orilla tuvieron que abandonar las pértigas y empuñar los remos. Pronto perdieron de vista la línea oscura de la selva absorbida por la neblina pertinaz y gris.

Dos horas más tarde Norma Arnett sacó el remo del agua y dejó caer sus brazos desalentada.

-Está cansada -dijo Butler-. Vamos a descansar un momento y comeremos algo.

Abatida y en silencio, la muchacha aceptó la lata que Butler le ofrecía abierta.

Con la punta del cuchillo Norma empezó a comer mientras Smiser lo hacía sacando la carne con los dedos. Apenas había ingerido unos pocos pedazos de carne, Norma dejó la lata a un lado y quedó de rodillas con las manos plegadas sobre el regazo.

-¿Desalentada? -inquirió Butler-. Espere, todavía tenemos siete horas por delante.

-De las que sólo para volver a tierra necesitaremos dos.

-Tres -corrigió Smiser-. Vamos a remar otra hora más lago adentro. Si no damos con esa maldita cápsula volveremos en línea recta a la orilla y buscaremos entre los cañaverales.

-Volvamos ahora -dijo la chica-. Tengo el presentimiento de que la cápsula no está aquí, sino que fue arrastrada por las olas y encallada en la ribera.

Butler se quedó mirándole con fijeza.

-Está bien -dijo Norma entre dientes-. No haga caso de mis presentimientos. Sigamos adelante.

Empuñó el remo y empezó a bogar. Butler dejó la lata de conserva a un lado, cogió su remo y se puso a remar también.

De tarde en tarde, Butler o la chica se ponían en pie para otear ansiosamente las aguas en rededor.

-Son las cinco en mi reloj -dijo Butler gravemente-. Empiezo a creer que su presentimiento era certero. Volvamos a la costa.

De nuevo llovió torrencialmente mientras navegaban de regreso hacia tierra. Ninguno ignoraba que las probabilidades de encontrar la cápsula disminuían a velocidad aterradora a medida que pasaban las horas.

Habían remado tres horas lago adentro, pero cansados como estaban, en especial Norma Arnett, hubieron de transcurrir cuatro horas antes que volvieran a divisar la línea oscura de la selva a través de la bruma producida por la intensa evaporación. Esta vez también Butler se mantenía callado acerca de la hora que era en realidad.

Cuando la balsa se acercaba a tierra firme, Norma preguntó:

-¿Qué hora es?

-Las nueve -repuso Butler después de breve vacilación.

-¡Las nueve ya! -exclamó la chica palideciendo-. ¡Nos queda una sola hora para encontrar la cápsula!

-Bueno, no hay que cortar tan fino -refunfuñó Butler quitando importancia a la cosa-. Las pilas no durarán veinticuatro horas justas. La casa que fabrica un artículo siempre lo da por un poco menos para no defraudar al consumidor. Si esas pilas se dan para veinticuatro horas, probablemente van a durar veintisiete o veintiocho.

-¿Por qué no me dijo que era tan tarde? Hemos invertido demasiado tiempo en la vuelta. Le rogué que no volviera a engañarme.

-Hemos venido todo lo aprisa que pudimos. Pero estamos cansados. Lo está usted sobre todo. Sus remadas serían incapaces de hacer avanzar esta balsa veinte yardas en cuatro horas. Ésa es la causa de nuestro retraso y no había remedio para ello.

La muchacha sacó el remo del agua, se echó de bruces en la balsa y rompió a llorar.

No sólo estaba rendida de cansancio, sino con los nervios rotos también.

-Perdóneme -gruñó Butler-. No he querido decir que usted tuviera la culpa. Está cansada... ha hecho más de lo que cabía esperar de una pobre chica.

-¡Yo no soy una pobre chica! -rugió Norma Arnett levantando su bello rostro húmedo de lágrimas-. Estoy aportando a esta empresa un esfuerzo por lo menos igual al de usted. ¡Y no quiero que si algún día regresamos a Norteamérica se atribuya el mérito de haberme salvado!

Cogió de nuevo el remo, se puso de rodillas y empezó a remar con

furia.

Butler la miró con lástima. Cerró la boca y se puso a remar a su vez.

Poco después alcanzaban una distancia en la costa desde la cual podían registrar los enmarañados cañaverales que circundaban toda la orilla. Butler preguntó a la chica:

-¿Quiere que registremos por la derecha, o vamos por la izquierda?

-¡Vamos por donde a usted le dé la gana! -fue la abrupta respuesta de Norma Arnett.

-Ayer recorrí parte de esa orilla a la derecha mientras la iba buscando a usted. Si le parece registraremos por el otro lado.

-Me es indiferente. Tome el camino que tome, seguramente resultará ser el equivocado.

La perspectiva de quedarse en Venus y escuchar durante años el reproche de Norma Arnett, acusándole de ser el causante de la desgracia de los dos, era algo que no seducía en absoluto a Butler. Y no podía escapar a esta sentencia. Ella lo había dicho.

Cualquier camino que tomara sería el equivocado.

Irritado, aunque esforzándose por no dejarse llevar de la indignación, Smiser procedió a obrar con lógica. Si había registrado el día anterior varios kilómetros de costa a la derecha de la posición que ocupaban ahora, las probabilidades de encontrar la cápsula por el lado opuesto serían indiscutiblemente mayores.

Arrumbó la balsa en silencio y remó con energía sin perder de vista los cañaverales.

El maldito reloj de pulsera de Butler parecía devorar minutos como si estuviera descompuesto. Pasó una hora. Norma Arnett preguntó:

-¿Qué hora es?

-La hora en que expira el plazo fatal -repuso Butler secamente.

Continuaron remando en silencio. Los minutos seguían pasando.

-¿Qué hora es?

-Una hora más tarde de lo que debiera.

La chica guardó silencio.

-Estoy segura que la cápsula encalló por el lado contrario -dijo al cabo de un minuto.

Él le echó una mirada furiosa.

-Está bien, no importa -dijo Norma dejando caer los brazos abatida-. Ya es demasiado tarde para rectificar.

El desaliento de su compañera cundió también en el ánimo de Butler. Por primera vez aceptó la idea que hasta aquel momento había rechazado con ciega obstinación. Antes se había dicho: “Podríamos vernos obligados a quedarnos aquí”.

Ahora fue una vocecilla cobarde quien desde los repliegues de la

conciencia le dijo: “Nos hemos quedado irremisiblemente.”

¡Irremisiblemente!

La palabra por sí sola era aterradora. Permanecer en aquel mundo inhóspito, salvaje y rezumante de humedad, un año... dos años... toda la vida quizás.

La idea era insoportable. Butler luchó contra esta idea. No quería dejarse vencer. Buscaría... buscaría incansablemente hasta encontrar la maldita cápsula. La pila eléctrica podía durar más que lo que señaló Blackwell, incluso más que lo que sus fabricantes calcularon. Tenían que seguir buscando. ¡Y tenían que encontrar la cápsula!

Pasado con mucho el plazo fatal, Butler se desentendió de la marcha del reloj. Ya no importaba la hora. Siguió remando, registrando con mirada alerta cada recoveco del alto cañaveral.

Empezó a anochecer. Y anocheció.

Butler siguió remando. Si la pila del “Ambassador” conservaba una chispa de corriente, ésta haría brillar todavía la luz giratoria de la cúspide del cono...

La oscuridad de la noche los envolvió, densa, impenetrable...

Se puso a llover. Butler ya había perdido de cuenta las veces que llovió aquel día, y ni siquiera se preocupaba de los continuos aguaceros. En varias ocasiones encallaron en la orilla. Como un autómata saltó Butler de la balsa tantas veces como ésta encalló para empujarla de nuevo a aguas profundas.

No fue sino hasta muy tarde cuando Butler recordó que llevaba mucho rato sin oír a Norma Arnett. En su ansiedad y su fatiga la había olvidado completamente.

Buscó a tientas la linterna, la encendió y registró con el haz luminoso la balsa.

Norma Arnett yacía tendida a lo largo, la cabeza reposando sobre el brazo doblado.

Se había dormido.

Butler apagó la linterna y poniéndose de pie miró a un lado y a otro buscando siquiera una débil luz que rasgara la densa oscuridad. Pero no alcanzó a ver luz alguna, ni próxima ni lejana.

Suspirando se dejó caer sentado en la balsa. El cansancio de todo un día de andar con el remo le asaltó de pronto. Sentía los brazos como plomo. Al fin, se dijo: ¿para qué buscar más? Dondequiera que se encontrase, la pila del “Ambassador” habría agotado mucho ya su combustible.

Se tendió sobre los haces de cañas. Tuvo ganas de llorar de rabia y desesperación. Pero quedó dormido insensiblemente antes de formular ningún nuevo y amargo pensamiento.

CAPÍTULO VI

Un fuerte aguacero los despertó al alba.

Bajo la difusa claridad del día que amanecía los dos se incorporaron y cruzaron sus miradas.

En este momento, una gran sombra voló sobre sus cabezas y se alejó rozando el agua, produciendo al volar un ruido siniestro con sus membranosas alas.

-Un lagarto volador -dijo Butler siguiendo con la vista el torpe vuelo del repulsivo reptil-. ¿Cómo es su nombre, que lo he olvidado?

-Un pterodáctylus.

-Sí, exactamente eso es. -Butler la contempló gravemente, descubriendo la expresión nueva de los ojos de la muchacha-. Norma, ¿puedo llamarla así? ¿Solamente por su nombre?

-Llámeme como quiera -fue la desabrida respuesta de la chica.

-Bueno, bueno... no hay que tomarlo de esa forma. Hemos perdido el tren de regreso a la Tierra. ¿Qué se le va a hacer? Otro tren de socorro vendrá después. Saben que estamos aquí. No pueden abandonarnos.

Norma clavó en él sus pupilas fulgurantes.

-¿Usted lo cree?

-Claro.

-¿Sinceramente?

-Sí.

La chica movió tristemente su cabeza de un lado a otro.

-No sea tonto, Smiser. No puede engañarme, ni merece la pena hacerlo a estas alturas. Nunca seremos rescatados.

-Nunca es una palabra que no debemos pronunciar. La era de los viajes interplanetarios acaba de iniciarse con nuestra infortunada visita a Venus. Hemos demostrado que la máquina “transferidora” del profesor Woodford es un éxito. En un futuro próximo, otras cápsulas como la del “Ambassador” serán disparadas a este planeta, y como nosotros llegarán otros hombres: exploradores, conquistadores y colonos... Realizar un viaje hasta Venus por el sistema del profesor Woodford será más sencillo y cómodo que tomar un taxi. Y no sólo llegarán hombres, sino también máquinas despiezadas, autos, helicópteros...

-Aún así, Smiser, las probabilidades de que algún día seamos encontrados y rescatados serán de una contra un millón. Sabemos de expediciones que en pleno siglo veinte se han perdido para siempre en las selvas del Amazonas, el Himalaya y los campos de hielo de los Polos... pese a los autos, la radio y los helicópteros. Sin embargo, la selva amazónica, el Himalaya o los polos de la Tierra son apenas un palmo de territorio comparados con la inmensidad de las selvas de este mundo

virgen. No importa que nuevas cápsulas como el “Ambassador” sean disparadas a Venus, ni que lleguen contingentes de exploradores, cazadores, buscadores de oro y colonos. Las nuevas cápsulas que aterricen en Venus no caerán en el mismo sitio que el “Ambassador”, y las expediciones que vayan llegando se cansarán de buscarnos inútilmente. En la atmósfera brumosa de este planeta, un aeroplano puede pasar mil veces sobre nuestras cabezas sin descubrirnos. Creo que incluso encender fogatas ofrecerá sus problemas en este mundo rezumante de humedad. No. Todo está en contra nuestra. ¡Nunca, nunca seremos encontrados!

Norma Arnett se cubrió el rostro con las manos. Sus hombros se agitaron convulsamente como si llorara. Sin embargo, sus ojos estaban secos cuando apartando sus manos miró de nuevo a Smiser.

-Está bien, sus vaticinios se han cumplido -dijo mordiendo sus palabras con amargura-. Ya puede empezar a hacer planes como Robinsón.

Smiser tomó en silencio un par de latas de conserva, las abrió y ofreció una a la muchacha.

La balsa, durante la noche, había sido empujada por alguna débil corriente y se encontraba detenida por un gran árbol que había caído derribado y yacía medio sumergido en el lago. La selva negra, impenetrable y misteriosa, estaba sólo a unos pasos de distancia. Había dejado de llover y un silencio aplomante gravitaba sobre las cabezas de los náufragos...

Butler dijo sacando un pedazo de carne con los dedos:

-Lo primero que debemos decidir, es si deseamos sobrevivir o vamos a dejarnos morir de inanición después que se nos acaben las conservas.

Guardó silencio, esperando la respuesta de Norma. Luego, como ella no contestara, la miró interrogante.

-La pregunta es idiota -dijo la chica entre dientes-. Nadie quiere morir.

-Entonces deseamos vivir -dijo Butler-. Aclarado ese extremo vamos a ingeniárnoslas para sobrevivir el mayor tiempo que sea posible. No vamos a recibir ayuda de nadie. En el mejor de los casos, si nuestros amigos de la Base Vandenberg dispararan ahora mismo una segunda cápsula con una máquina “transferidora”, ese artefacto tardaría seis meses en aterrizar en este planeta. Y como usted dijo, las probabilidades de que el cohete viniera a caer junto a nosotros, no alcanzan siquiera a una entre un millón. Tal vez algún día recibamos socorro. Pero antes seguramente habrán de transcurrir años...

La chica guardaba silencio y Butler prosiguió razonando en voz alta:

-Acaso lo que necesitamos con mayor urgencia sea un sitio donde guarecernos. No podemos continuar indefinidamente sobre esta balsa, durmiendo a la intemperie, empapados de humedad. El problema de la alimentación quizás pueda solventárnoslo el lago, si hay pesca como me figuro... En la selva hay animales, pero detesto los reptiles y siento que se

me revuelve el estómago sólo de pensar que pueda verme obligado a comer de su carne. Continuaremos buscando la cápsula del “Ambassador”.

-¿Para qué?

-En caso de apuro, la cápsula no nos vendría mal como refugio. Pero pienso sobre todo en la tela y las cuerdas del paracaídas. Nos vendría bien la tela para confeccionarnos vestidos. De la utilidad de las cuerdas no es necesario hablar...

-Bien -dijo Norma desganadamente-. Busquemos la cápsula. Tenemos tiempo de sobra para buscarla. Días, meses e incluso años.

-Comprendo su estado de ánimo, Norma. Sin embargo, el ser humano acaba por acostumbrarse a todo. También nosotros nos acostumbraremos a este estado de cosas, y quién sabe si con el tiempo no llegaremos a sentirnos felices.

La respuesta de la joven fue áspera, seca:

-No diga imbecilidades.

En silencio, Butler tomó el remo y empezó a empujar la balsa separándola del tronco sumergido

Mientras remaban a lo largo de la orilla, Butler pensaba con amargura que no era Norma Arnett la mejor compañera que pudiera desear para compartir los sinsabores y peligros de una futura existencia de robinsones.

Ella le detestaba antes de emprender esta aventura. Había traído a Venus desde la Tierra su animadversión y se aferraba todavía a sus prejuicios ignorando que éstos carecían de validez en el mundo selvático e inhóspito donde en adelante se desarrollaría su azarosa existencia de náufragos.

Algún día, más pronto o más tarde, él tendría que darle una dura lección.

Aquella mañana vieron de lejos un rebaño de saurios gigantes bañándose en el lago. Eran bestias de cuerpo gigantesco, cuello desmesuradamente largo y cabeza pequeña de reptil. Butler eludió a los monstruos llevando la balsa lago adentro hasta que los pocos tranquilizadores dinosaurios quedaron atrás y pudo acercarse de nuevo a la orilla.

Varias veces también, reptiles voladores de horripilante fealdad, armados de dientes y provistos de garras en las alas, pasaron sobre sus cabezas con torpe y pesado vuelo de murciélagos para desaparecer en la selva impenetrable y húmeda.

En otra ocasión, una especie desconocida de gigantescos lagartos asomó entre los cañaverales para observarles con sus redondos y brillantes ojos de pescado.

Luego se zambulleron en el lago y desaparecieron bajo las aguas.

También llovió durante la mañana. La lluvia en Venus parecía ser un

fenómeno tan corriente que Butler empezó a considerarlo como una de las muchas calamidades irremediables que tendrían que soportar en el futuro, como los saurios gigantes y el cielo eternamente cubierto de nubes.

Aquella tarde mientras comían, Butler notó que su tosca embarcación se movía lentamente arrastrada al parecer por una débil corriente que los llevaba hacia la orilla.

Luego descubrieron una brecha acuática entre los grandes árboles de la selva.

-Esto tiene todas las trazas de ser un río -observó Butler-. Probablemente un desagüe natural del lago en dirección al mar.

-Mire aquello que se ve allí -señaló Norma a la orilla.

Smiser vio una cosa amarilla que estaba enredada en las cañas. E inmediatamente la identificó.

-¡Nuestro paracaídas! Es el paracaídas de nuestra cápsula.

Remaron hasta la orilla. La corriente allí era bastante fuerte, y al tomar una pértiga para sostener la balsa e impedir que ésta fuese arrastrada, Butler descubrió la existencia de una barra casi a flor de agua.

Butler saltó de la balsa y con agua hasta la cintura sostuvo la embarcación mientras Norma rescataba un gran pedazo de tela de nylon amarilla.

-Sólo hay un retazo -informó la chica.

-La tempestad y la corriente debieron arrastrar la cápsula hasta aquí -observó Butler-. El paracaídas se enredaría en las cañas y tal vez durante varias horas el “Ambassador” estuvo tirando de las cuerdas hasta que la tela se desgarró y quedó libre para seguir río abajo arrastrando las cuerdas y el resto del tejido. La corriente es aquí bastante fuerte a causa de esta barra de arena.

La chica acabó de desenredar la tela del paracaídas. Luego observó pensativamente:

-La cápsula debe encontrarse muy lejos de aquí río abajo. Es casi seguro que no la volveremos a ver más.

Butler se encaramó a la balsa, que arrastrada por la corriente pasó sobre la barra y entró en el río deslizándose mansamente por la brecha acuática.

-¿Qué hace? ¿Deja que nos lleve la corriente? -interrogó Norma.

-Ya me he cansado de ver las orillas de ese lago infecto. Correremos el albur de ir a dar en un sitio peor, dejando que el río nos arrastre. ¿Quién sabe? Tal vez este río nos conduzca a algún lugar menos húmedo que esta maldita jungla.

Norma Arnett, por toda contestación, levantó los hombros y se sentó para examinar la tela del paracaídas.

La corriente, sin demasiado fuerza ahora, arrastraba la balsa a una velocidad constante. Todo lo que tenía que hacer Butler era vigilar con la

pértiga en la mano para alejar la armadía de las orillas y mantenerla en el centro del río.

Al anochecer, en medio de intenso aguacero, hubieron de considerar la necesidad de buscar un sitio donde pasar la noche.

-La balsa podría quedar varada en la orilla mientras dormimos y encontrarnos al despertar en el estómago de uno de esos dinosaurios -dijo Butler-. Prefiero pasar la noche en vela subido a la copa de un árbol y dormir mañana a turnos con usted mientras uno de nosotros cuida de guiar la balsa.

Con las últimas luces del día amarraron la armadía a un árbol y desembarcaron. Butler ayudó primero a la chica a trepar a gran altura sobre un helecho. Luego hizo otro viaje para volver con el hacha, la tela del paracaídas y varios botes de conserva en el fardo que hizo con la tela y lo que quedaba de cuerdas.

Antes que la oscuridad los envolviera por completo, Butler utilizó las cuerdas para hacer dos lazos. Cerrando uno de éstos alrededor de la cintura de la chica, Butler ató el otro extremo a una rama que estaba más alta sobre sus cabezas.

-Si damos alguna cabezada durante la noche, la cuerda impedirá que nos caigamos -dijo Smiser-. Siéntese en esa rama y apoye la espalda contra el tronco. Así estará más cómoda.

-Parece que se da buena maña para representar el papel de Robinsón -observó Norma satírica-. ¿Posee alguna experiencia anterior en aventuras como ésta?

-Serví en la Marina de Guerra y fui náufrago una vez -repuso Butler-. Pero mi compañero de infortunio era más sufrido y mucho más simpático que usted.

-Gracias por la lisonja. ¿Pero no se le ha ocurrido pensar que si le parezco antipática, es solamente porque no me he esforzado en caerle simpática a usted?

-Escuche, Norma -dijo Butler agriamente-. Y procure meterse esto en la cabeza. Todo el bagaje de rencillas, de prejuicios y competencia profesional que ha traído usted consigo, están de sobra en este mundo. Olvídese de que fue periodista. Y si pierde la esperanza de volver a escribir artículos algún día, tanto mejor. Aquí somos dos, un hombre y una mujer. Mal que nos pese, tenemos que soportarnos. Tenemos que ayudarnos el uno al otro para sobrevivir, y no un día ni dos, sino varios años o toda la vida tal vez. Buscarnos recíprocamente nuestros defectos y debilidades no va a conducirnos a nada práctico. Por el contrario, si somos pacientes el uno con el otro y nos disculpamos nuestras faltas, podemos llegar con el tiempo a compenetrarnos como dos buenos amigos y hacer más soportable nuestra vida en común. ¿Le interesa este pacto?

Butler no podía verla en la oscuridad, pero escuchó su respiración sibilante cerca de él.

-Nunca seremos amigos -pronunció ella rencorosa-. No podemos serlo. Yo le detesto... me irrita hasta cuando me habla o me mira. Pero puedo soportarle todavía menos porque adivino su pensamiento. Un hombre y una mujer solos en un planeta desierto... Usted tiene el convencimiento de que más pronto o más tarde habré de caer en sus brazos. Juzga esto tan inevitable como es inevitable que la fruta madura se caiga del árbol y sin embargo yo le digo esto... señor Smiser. Nunca logrará de mí que le mire sin repugnancia. Y si en su cabeza acaricia el sueño de ver repetirse en este mundo la epopeya de Adán y Eva... ¡despídase de su sueño! Nunca le amaré. No le amaría aunque fuese el único varón sobre el orbe.

Estas palabras de la joven no sólo causaron la sorpresa de Butler, sino su indignación también.

-¿De manera que eso es lo que piensa? -rugió-. ¿No cabe en su cabeza que yo pueda tener un pensamiento limpio, siquiera respecto a usted?

-Sé que es incapaz de tener un pensamiento limpio ni honrado. Conozco su carrera como periodista. Jamás retrocedió ante nada para lograr el objeto que se propuso. Traicionó cuantas confidencias le hicieron bajo palabra de guardar el secreto. Vendió a sus amigos. Obligó a suicidarse a un enemigo y provocó tantos escándalos como necesitó para escribir su artículo diario. Estuvo siempre en primera línea... ¿pero a costa de quién? A costa de sus compañeros de oficio, de cuyo esfuerzo se apropió mil veces, y mil veces engañó y mil veces se burló...

Norma Arnett se detuvo jadeante, ahogada por la pasión de su propio odio.

-¿Lo ve usted? -dijo Butler con acento de amargura-. No puede olvidar ni siquiera en estas circunstancias que fuimos periodistas y rivales. Me juzga usted por lo que fui. ¿Por qué no me considera por lo que soy y represento para usted?

-¡Usted no es nadie ni representa nada para mí!

-¿Cree que podría arreglárselas sola en este planeta salvaje, no es eso?

-¿Quiere que le agradezca el haber venido a hacerme compañía, no es así? -gritó ella furiosa-. Pues bien, para lo que me ha servido su ayuda, tanto daba que se hubiese quedado en California. ¿Qué hizo, después de todo? Vino a sacarme del atolladero y quedó también atrapado en él.

-Voy a decirle una sola cosa -repuso Butler rechinando los dientes con rabia-. No hay cosa que deteste tanto como a una persona desagradecida. Y hay algo más. Ya que me tiene en un concepto tan deplorable, me esforzaré en adelante por ser digno de su desprecio.

Butler se levantó de la rama, alargó las manos en la oscuridad y lo primero que tocó fueron las piernas de la muchacha.

Ella lanzó un grito. Butler la atrapó por la cintura, la sacó de la rama y buscó sus labios. Hubo un largo forcejeo hasta que Butler encontró su boca y la aprisionó en un beso salvaje. Norma le empujó con todas sus fuerzas... y Butler cayó.

Quedó colgando de la cuerda por la cintura, pero no se izó enseguida hasta la rama, sino que esperó un poco hasta acompasar su respiración entrecortada. Luego trepó hasta la rama y acomodándose en ella dijo:

-Para que lo sepa. De ahora en adelante la besaré tantas veces como sienta deseos de hacerlo.

-¡Le mataré! -sollozó la muchacha en la densa oscuridad-. ¡Le mataré!

Butler Smiser sintió ahora lástima de ella. No era al fin y al cabo sino una pobre mujer, y él se había portado como un bruto. Pero no le pediría perdón.

Ella tenía que aprender precisamente esto; que era una mujer y nada más que una débil e infeliz mujer.

No volvieron a cruzar palabra. Norma siguió sollozando un rato y después no se la oyó. Butler, apaciguada su cólera, se recostó contra el tronco y cerró los ojos. No se proponía dormir, pues no había adquirido todavía la costumbre de los monos de dormir sobre la rama de un árbol a gran altura sobre el suelo, pero involuntariamente empezó a dar cabezazos.

No sabía cuánto tiempo llevaba así amodorrado, cuando despertó sobresaltado al escuchar rumor de ramitas que se quebraban, hojas removidas y un golpe sordo seguido de un grito apagado de dolor.

La rama sobre la que estaba Butler se estremeció. Butler comprendió enseguida lo que había ocurrido. Norma Arnett, al quedar dormida, se había caído de la rama. Y ahora quedaba colgando de la cuerda por la cintura.

El primer instintivo movimiento de Butler fue levantarse para ayudarla. Pero se contuvo enseguida. Ella no le había llamado. Estaba haciendo esfuerzos para volver a la rama de donde cayó. Butler podía oírla jadear y forcejear.

Puesto que Norma no reclamaba su ayuda, Smiser esperó a ver qué pasaba.

Naturalmente, ella le sabía despierto.

Por espacio de más de una hora quizás, Butler estuvo oyéndola moverse al extremo de la cuerda. Intentaba una y otra vez izarse a pulso, pero no podía. Y Butler sabía que si no pudo la primera vez que lo intentó, mucho menos lo conseguiría cuanto más cansada estaba.

Ella de pronto dejó oír un sollozo.

-Butler, ayúdeme. Esta cuerda... me está aserrando por la cintura.

-¿Cómo se las arreglaría ahora si estuviese sola, eh? -preguntó Butler mientras se incorporaba.

Contestó la muchacha:

-Muy bien. Si quiere dar satisfacción a sus instintos vengativos... déjeme morir aquí colgando como una sardina puesta a secar.

Butler se rió por lo bajo. A fin de tener mayor libertad de movimientos deshizo el nudo de su propia cuerda. Luego encendió la linterna y alumbró a la chica. Saltó a la rama vecina, le tendió una mano y la izó a pulso hasta que los pies de ella se afianzaron en la misma rama sobre la que estaba él.

Sosteniéndola por la cintura, Butler dijo riendo:

-El rescate bien merece un premio. ¿No le parece?

La estrechó contra sí con fuerza y la besó en los labios. La chica apartó su boca y los labios de Butler le acariciaron la mejilla.

-¡Rufián! -rugió Norma empujándole.

Butler perdió el equilibrio. Se vio cayendo a tremenda velocidad rebotando de rama en rama, tratando de asirse a alguna en la oscuridad sin conseguirlo... hasta que se estrelló contra el suelo y perdió el sentido.

CAPÍTULO VII

Estremecida de horror, Norma miró hacia abajo, allá donde la linterna eléctrica brillaba mortecinamente entre la espesa vegetación que cubría el suelo de la selva.

Había cesado el quebrar de ramas y el rumor de hojas removidas por el paso del cuerpo de Smiser en su veloz caída, y ahora un silencio de muerte se hizo denso y amenazador en rededor de la muchacha. Pensó ella que lo había matado, y de nuevo un estremecimiento la sacudió.

A tientas buscó la cuerda que le amarraba la cintura, y siguiendo ésta encontró el nudo que deshizo con nerviosos y trémulos dedos.

El descenso de rama en rama en la oscuridad se le antojó que duraba una eternidad. Temblaba toda ella y se sentía cubierta de frío sudor de pies a cabeza.

Al llegar al suelo corrió hacia la linterna. La cogió e iluminó con ella el cuerpo exánime de Smiser. Estaba tendido de espaldas, tenía el rostro cubierto de sangrantes arañazos y los ojos cerrados.

-¡Butler!

La sangre y la inmovilidad de Smiser sumieron a Norma en el terror. Con mano trémula le buscó el pulso, pero era el propio latir de su asustado corazón y no el de las venas de Butler el que recogió.

Se inclinó y apoyó su oído sobre el pecho de él. Y el débil latido que recogió la llenó de esperanza. Dejó a Smiser donde estaba y alumbrándose con la linterna se abrió paso a través de la densa vegetación hasta el río.

Rasgó un pedazo de su falda. Al inclinarse y mojar el trapo, el haz de la linterna resbaló sobre las oscuras aguas y fue a caer sobre una cabeza monstruosa cuyas pupilas fosforescentes la contemplaban con animosidad. Era un ictiosauro.

Norma pegó un brinco y lanzó un grito. Apagó la linterna y huyó en la oscuridad hasta que tropezó con un tronco y cayó al suelo.

Se detuvo jadeando. Un burbujeo en el cercano río parecía indicar que el saurio se había sumergido o continuaba su camino aguas abajo. Más tranquilizada se puso en pie. Volvió a encender la linterna para buscar a Smiser.

Le humedeció la frente con el trapo húmedo, le limpió la sangre del rostro y esperó.

Butler lanzó un gemido y entreabrió los ojos.

-¡Smiser! Soy yo... Norma. ¡Dios mío, no me diga que está herido!

Él probó a incorporarse y exhaló un grito de dolor. Jadeó llevándose la mano a la espalda.

-Condenación. Creo... creo que me he roto alguna costilla.

-Le ayudaré a incorporarse.

-No, es inútil. ¿Para qué? No podré trepar de nuevo al árbol.

La linterna seguía encendida, aunque arrojando débil luz. Norma la apagó. Empezaron a caer gruesos goterones de lluvia.

-Esa condenada lluvia... -dijo Smiser entre dientes-. ¿Es que no puede uno estar seco cinco minutos en este maldito planeta?

El agua arreció. Llovió torrencialmente durante una hora seguida.

Con la cabeza de Smiser entre sus brazos, Norma estaba arrodillada literalmente en un palmo de lodo. Por su parte, el agua y el barro casi cubrían por entero a Smiser.

En aquella hora terrible, con Smiser herido entre sus brazos, sumidos en la oscuridad bajo el aguacero, Norma Arnett llegó a cobrar plena conciencia de su letalidad y el desamparo de los dos frente al mundo hostil que los rodeaba.

El hombre primitivo de la Tierra no tuvo tal vez que enfrentarse con una naturaleza tan inclemente en su mundo de origen. Venus era un mundo joven en el que habrían de transcurrir millones de años antes que todo quedara preparado para recibir al hombre. El hombre era una criatura extraña en aquel mundo, y Venus lo rechazaba.

Norma se vio a sí misma tal como tantas veces había visto a la heroína de las películas: sucia, calada de pies a cabeza, con las ropas destrozadas, hambrienta y temblando de terror.

Sintió entonces verdadera lástima de sí misma. Y rompió a llorar.

Sus lágrimas se mezclaron silenciosamente con la lluvia que mojaba su rostro. El llanto le hizo bien y la descargó en buena parte de la tremenda tensión nerviosa de aquellos tres días.

Al cesar el aguacero Norma se inclinó sobre Butler.

-Me he portado muy mal. Smiser, perdóneme -dijo con voz entrecortada.

-Bueno, bueno -dijo Smiser dándole amistosas palmaditas en la espalda-. No hay que ponerse así. Me merecía este castigo. No debí besarla allá arriba en el árbol. Fue una acción estúpida, sin sentido alguno. No es que me disguste besar a una chica guapa como usted, pero sólo cuando ella colabora de buena gana. Mi único propósito era hacerla rabiar... y he aquí las consecuencias.

-Smiser, cuando sienta ganas de besarme en lo sucesivo... no me enfadaré.

-¡Norma!

-He sido una estúpida. Usted tenía razón en cuanto dijo. Un hombre y una mujer que se encuentran solos, abandonados a su suerte en un mundo salvaje y despoblado, no pueden vivir observándose a distancia como enemigos. Aunque por educación y temperamento sean distintos, aunque discrepen en todo, incluso si hablan diferentes idiomas, más pronto o más

tarde esos seres se sentirán atraídos el uno hacia el otro por imperativos de su propia naturaleza.

-Bueno, Norma. Yo no quise ir a parar tan lejos...

-Usted no, pero una mujer siempre se adelanta en intención a cierta clase de acontecimientos. Usted no pensó que algún día, necesariamente, yo habría de convertirme en su Eva. Pero yo presentí que un día u otro usted sentiría la necesidad de cortejarme. Y me asustaba que llegara ese momento... porque temía que no sería capaz de rechazarle.

-¡Norma! ¿Entonces... no me odia?

-Me era profundamente antipático... por su aire de suficiencia... y creo que por envidia también. Profesionalmente hablando, claro... Por lo demás, si algo me irritaba, era que no se fijase demasiado en mí.

-¡Que no me fijase! -protestó Butler sintiendo que la alegría le regodeaba el corazón-. ¡Si no podía mirarla sin sentir que el diablo me llevaba! Claro que como periodista la detestaba. Pero como mujer...

Butler hizo un movimiento para incorporarse, pero un agudo pinchazo en el costado se lo impidió.

-Butler, ¿sigues creyendo que se trata de alguna costilla rota? -interrogó Norma preocupada.

-Sí, eso temo.

-¡Dios mío! ¿Cómo vamos a curar esa costilla aquí, sin medios de ninguna clase? No puedes ir por ahí con una costilla rota.

-No lo creas. He conocido gente que vivió muchos años ignorando que llevaba una costilla fracturada. Claro que eso merma mucho la capacidad de uno para realizar ciertos ejercicios, pero no es causa de mayor preocupación por lo demás.

-No te muevas. Esperemos por si se trata solamente de un dolor muscular.

Pero cuando tres horas más tarde se difundía en el cielo la tenue claridad de la aurora, al ponerse en pie ayudado por Norma, el dolor seguía en el costado de Butler.

Para los planes que habían estado haciendo: buscar un lugar apropiado, levantar una cabaña, roturar la tierra y hacerse agricultores y pescadores, aquella tonta fractura representaba un golpe de evidente mala suerte.

Pronto descubrió Butler que ciertos movimientos le quedaban vedados, y procuró evitarlos en lo sucesivo.

Con las primeras luces del día recogieron su escaso equipo y regresaron a la balsa.

* * *

Aquella tarde, encontrándose Butler durmiendo, fue despertado por Norma. La muchacha tenía el rifle en las manos y con la cabeza señaló a

Butler el centro del río.

El río, recibiendo de una parte y otra infinidad de arroyuelos, producto de las constantes lluvias que caían sobre la selva, ensanchaba continuamente su caudal y se convertía en una amplia avenida acuática.

Lo que Norma señalaba a Butler era un par de gigantescos ictiosauros que libraban furiosa batalla de mordiscos y coletazos en el centro del río. La corriente arrastraba la balsa hacia allí, pero Norma era incapaz por sí sola de apartarla de su peligrosa ruta.

-Esos bichos son capaces de triturarnos sin darse cuenta siquiera de lo que hacen -dijo Butler empuñando el remo-. Nos alejaremos de ellos.

Sin embargo, debido a la fractura de sus costillas, el acto de remar era uno de los que más dolor causaban en el costado de Butler.

Él, irritado, se puso en pie y cogió el rifle de las manos de Norma. Apuntó y disparó. Acertó en uno de los monstruos, aunque no en parte vital, por lo que éste siguió peleando con su contrincante.

Butler volvió a disparar, una, dos, tres veces...

Desde la cercana orilla, un grupo de ictiosauros contemplaba entre los cañaverales el combate en el centro del río.

Los rápidos disparos de Smiser, alcanzando probablemente a uno de los monstruos, determinaron la lucha a favor del ictiosauro no herido por las balas. Este bicho, aprovechándose de la súbita debilidad de su enemigo, se arrojó sobre él clavándole los afilados dientes en el cuello.

Una mancha roja empezó a extenderse sobre las aguas mientras el vencedor se ensañaba con el vencido. La balsa estaba entonces tan cerca que Butler pudo disparar casi a quemarropa contra el segundo monstruo...

-¡Le has dado, Butler! Se está hundiendo -gritó Norma.

Pero Butler vio en este momento algo más que le heló la sangre en las venas.

Al olor de la sangre de sus compañeros, los ictiosauros de las orillas se arrastraban velozmente sobre sus vientres y. se lanzaban al agua nadando ágilmente hacia el centro del río.

-¡Nos van a destrozar la balsa! -gritó Butler.

En efecto, convergiendo desde ambas orillas, los monstruos iban a coincidir sobre el punto que en aquel momento ocupaba la balsa, o sea donde se agitaba el ictiosauro herido.

En un momento los terrícolas se vieron rodeados por todas partes de saurios que se disputaban ferozmente los restos de sus dos congéneres heridos. Las fuertes colas azotaban el agua y las fauces armadas de afilados dientes asomaban y desaparecían entre remolinos sanguinolentos...

Un terrible coletazo alcanzó de lleno a la balsa, que saltó despedazada precipitando a sus tripulantes al agua.

Butler escuchó simultáneamente el grito de terror de Norma Arnett y se

vio zambulléndose en las turbias aguas. Un saurio le atacó con las fauces abiertas... Butler recordó a tiempo el consabido truco de meter un bastón entre las mandíbulas de un cocodrilo.

Butler no tenía bastón, pero en la mano sostenía todavía el rifle.

Estiró el brazo metiéndolo en las fauces del saurio, enderezó el rifle... El monstruo, al cerrar sus mandíbulas, se clavó el cañón del arma a través del paladar hasta el cerebro.

Butler se apartó de un talonazo y salió nadando en busca de Norma.

Entre las turbias aguas alcanzó a ver un saurio en el momento que destrozaba entre sus dientes un objeto de color claro. Norma llevaba un traje blanco y Butler sintió que el corazón se le atravesaba en la garganta...

Pero no era Norma, sino la tela del paracaídas arrastrado al fondo por los voraces monstruos.

Falto de aire en sus pulmones, Butler emergió de una talonada para aspirar una bocanada. En este momento vio a Norma braceando entre las colas de los saurios... ¡y vio también un ictiosauro que atacaba por la espalda a la muchacha!

-¡Cuidado, atrás! -chilló Butler al tiempo que tiraba del machete.

Norma Arnett era excelente nadadora. Con prodigiosa agilidad saltó casi fuera del agua echándose a un lado.

Como un torpedo el saurio pasó rozando a la chica con sus fauces abiertas... y siguió adelante hasta Butler.

Norma, ahora, pegó un grito terrible al ver al saurio precipitándose sobre Smiser. Éste, sin tiempo para esquivar al monstruo, hizo con el machete lo que antes había hecho con el rifle. Alargó el brazo y clavó el arma en el paladar del reptil.

El ictiosauro cerró sus mandíbulas con espeluznante chasquido... atrapando el brazo de Smiser por arriba del codo.

La punta del machete que se clavaba hasta el cerebro del monstruo obligó a éste a abrir de nuevo la boca... El brazo de Smiser dejaba en el agua un rastro de sangre al alejarse del horripilante saurio que moría volviéndose panza arriba.

-¡Butler! -gritó Norma espantada.

El rostro de Smiser estaba pálido cuando la muchacha le alcanzó.

-Por favor, ayúdame -dijo Butler con voz desfallecida.

-¡Cógete de mi cuello! ¡Pronto! -gritó la muchacha.

Norma rodeó con un brazo a su compañero, se volvió boca arriba y empezó a nadar de espaldas arrastrándolo hacia la orilla. Aunque torturado por el dolor del brazo, Butler colaboró en la medida de sus fuerzas moviendo los pies con rapidez. Esto ayudó considerablemente a Norma y en breves minutos pudieron alcanzar la orilla.

En el río, los saurios seguían batallando entre sí por conseguir el mejor

pedazo de sus compañeros muertos. Cuatro cadáveres eran suficiente pasto, siendo ésta probablemente la razón de que no persiguieran a los terrícolas.

Butler casi no se tenía sobre sus piernas cuando la muchacha le sacó fuera del agua.

-Subiremos a un árbol. Vamos deprisa, no hay tiempo que perder.

Alcanzaron el árbol más próximo al río. Con enormes dificultades en lo que tocaba a Butler treparon a él.

Apenas a la altura que alcanzaría un dinosaurio con su largo cuello, Butler se confesó impotente para continuar.

-No puedo más.

-No importa, estamos bien aquí. Déjame ver ese brazo -dijo Norma.

Cuando Norma examinó el brazo de su compañero sintió que el desánimo se apoderaba de ella. No dijo nada, sin embargo. Ni fue necesario tampoco. Butler conocía bien su estado. Los afilados dientes del ictiosauro le habían desgarrado el brazo hasta el hueso. La herida sangraba copiosamente, y Butler sabía que era muy peligrosa.

En la Tierra, con una oportuna intervención y antibióticos, hubiera podido salvar el brazo tal vez.

En la humedad y la fetidez de la selva venusina, lo más probable era que el brazo gangrenara.

Norma desgarró un nuevo pedazo de su falda para vendarle la herida. Por fortuna, al parecer, los colmillos del saurio no habían cortado ningún vaso.

Involuntariamente, la chica rompió a llorar mientras procedía a esta rudimentaria cura.

-Por Dios, Norma. Tienes que conservar la serenidad -dijo Butler.

-¡Pero esto es horrible! Hemos perdido de una sola vez la balsa, el rifle, el hacha y el machete... ¡todo! Y tú con las costillas rotas y ese brazo casi partido en dos.

-No hemos tenido suerte, ésa es la verdad -admitió Smiser sombríamente. Sacó el cuchillo del cinturón y se lo tendió-. Pero todavía nos queda el cuchillo. Tómalo.

-¿Para qué?

-Es posible que tengas que utilizarlo... para amputarme el brazo.

-¡Dios mío, no! -gritó la joven horrorizada.

-Escucha lo que voy a decirte, Norma. Si me sube la fiebre y empiezo a delirar... si ves que la herida se inflama mucho y parece como si la carne se pudriera... es que me ataca la gangrena y hay que amputar con rapidez.

-No me pidas que haga eso. ¡No lo haré! No sería capaz de hacerlo -sollozó la muchacha mirándole acobardada a través de sus lágrimas.

-Piensa que si no lo haces moriré. Tú no querrás verme muerto... siquiera sea por no quedarte sola en este infierno de todos los demonios.

-No, no... -sollozó la chica.

-Recuerda que antes de proceder a amputar tienes que atar las venas gruesas una por una. Descubrirlas, atarlas con un hilo... y luego cortarlas por más abajo del nudo y cortar el resto después.

-Butler, temo que no podré. Me faltarán las fuerzas.

-Tienes que hacerlo, Norma. Prométeme que lo harás si no hay más remedio.

Norma Arnett guardó silencio.

-Está bien -dijo después-. Si es preciso... lo haré. Dios nos ayude.

La noche venusina, húmeda, sombría e impenetrable, caía con rapidez sobre la selva hosca, implacable y cruel.

CAPÍTULO VIII

La noche quedó atrás. Fue la noche más triste, la más larga y amarga de las cuatro que habían transcurrido desde que llegaron a Venus.

Y con todo, aquella noche tuvo todavía un aliciente.

La próxima podía ser peor... o podía que ni siquiera llegaran a vivirla.

Como estaba previsto la fiebre acudió a Butler Smiser, aunque no era por el momento tan alta como temían. La herida del brazo, al ser examinada por Norma al hacerse el día, presentaba muy mal aspecto.

Habían proyectado seguir a pie por la orilla del río, y si encontraban algún tronco flotante lo bastante grande y seguro, embarcarse en él y dejarse llevar corriente abajo. Buscarían raíces y tallos comestibles durante la marcha a pie. No podían continuar allí.

La selva infecta era inhabitable. Toda su esperanza consistía en que el río los condujera a algún paraje abierto, estepario o montañoso, donde pudieran levantar una choza o encontrar una cueva donde guarecerse.

Más adelante verían de procurarse un anzuelo y tratarían de pescar en el río.

La pérdida del equipo, sobre todo del hacha y el rifle, representaba un duro golpe en sus planes de supervivencia.

Prácticamente, el destino los abandonaba a la Edad de Piedra. Si habían de sobrevivir tendría que ser sólo con su esfuerzo y su ingenio. Fabricar hachas de pedernal, cazar con arco y flecha, encender fuego frotando madera contra madera...

Tales eran las sombrías perspectivas que se ofrecían.

-Tenemos que encontrar esa condenada cápsula -dijo Butler aquella mañana para animar a la muchacha-. Ella puede servirnos de momentáneo refugio y embarcación. Con su acero fabricaremos herramientas. Podemos incluso utilizar sus bobinas como sedales, y el alambre para disponer de anzuelos.

-La cápsula puede encontrarse lejos, tal vez en el mar.

-Al contrario, no me explico cómo haya podido navegar tanto trecho llevando a rastras las cuerdas y lo que queda del paracaídas. Pudo haberse enganchado mil veces en las cañas de la orilla. ¿Por qué diablos no se detendrá de una vez?

Norma, después de atisbar cuidadosamente entre las ramas, anunció no muy segura:

-Los ictiosauros parece que han marchado.

Se arriesgaron a bajar del árbol. No se veía saurio alguno por los alrededores.

Andando de puntillas para no producir ruido se alejaron de la zona abriéndose paso entre los tiernos helechos que tapizaban el suelo rezumante

de la selva.

Ahora tropezaban con una nueva dificultad, pues mientras por una parte tenían que evitar la peligrosa vecindad del río con sus monstruosos ictiosauros, necesitaban mantenerse cerca de la orilla a fin de registrar las dos en busca del desaparecido “Ambassador”.

En dos ocasiones, pese a sus esfuerzos por evitarlo, se tropezaron con ictiosauros que dormitaban medio sepultados en el cieno de la ribera. Pero estos monstruos, al parecer, sólo atacaban al sentir estimulado su apetito por el olor de la sangre fresca.

Con todo, después de la experiencia de la tarde anterior, procuraron mantenerse apartados de ellos.

Llovió a intervalos regulares durante toda la mañana. El calor era sofocante, probablemente del orden de los 60 grados. Apenas cesaba de llover, densas vaharadas de vapor se elevaban de la espesa capa de materias orgánicas en descomposición que cubría el suelo de la selva. Butler tenía la cara roja como la grana. Su fiebre iba en aumento y la herida del brazo le dolía horriblemente, aunque nada dijo.

Como inevitablemente había de suceder, los zapatos de ambos, expuestos durante cuatro días a la humedad, se les cayeron a pedazos de los pies. Norma perdió primero los suyos, y los de Smiser siguieron la misma suerte poco después.

-Descalzos también -exclamó la chica abriendo sus brazos en ademán desalentado-. Butler, esto se acaba. Se acaba todo. Nuestras ropas, nuestro calzado, nuestra paciencia y nuestra resistencia también.

-El suelo es blando y no hay espinas -dijo Smiser-. Sigamos.

-¿Hasta dónde?

-Hasta donde sea, sigamos -repitió Butler con energía.

Ella meneó la cabeza obstinadamente de un lado a otro.

-No. Voy a dejarme caer aquí mismo y esperar a que los ictiosauros vengan a rematarme. Es inútil continuar. Esta selva puede cubrir toda la redondez del planeta. Nunca saldremos de ella.

Butler la cogió con brusquedad por un brazo y la empujó ante sí.

-Vamos, andando.

Ella se desasió de un tirón, se volvió a mirarle con ojos furiosos y le abofeteó.

-¡No quiero seguir! -gritó histéricamente-. ¡No seguiré!

De repente dio media vuelta y echó a correr hacia el río.

-¡Norma! -gritó Butler.

Ella siguió corriendo, se abalanzó sobre las aguzadas púas de un espadañal, cayó y se levantó.

-¡Estúpida, vuelve aquí! -gritó Butler.

Tambaleándose sobre sus inseguras piernas corrió tras ella. Entró en el

espadañal y lo cruzó dejando pedazos de ropa y de piel en las erizadas púas. Norma Arnett, atascándose en el cieno del fondo, avanzaba con dificultad hacia aguas más profundas. En la orilla opuesta, entre los oscuros cañaverales, un gigantesco ictiosauro levantó su cabeza vigilante.

-¡Norma! ¿Te has vuelto loca? -vociferó Butler metiéndose en el agua tras ella.

La alcanzó cuando ella se arrojaba a nado, la cogió de un tobillo y tiró hacia sí impidiéndole avanzar.

En la orilla, el ictiosauro se deslizó por entre las cañas y se dejó caer suavemente en el agua.

Butler agarró a la muchacha por un brazo. La soltó para abofetearla con la mano izquierda, la volvió a coger y cayeron los dos. Se incorporaron forcejeando. Los ojos de Butler, buscando la proximidad de la orilla, se detuvieron en un extraño objeto que flotaba arrimado al espadañal.

-¡La cápsula!

El grito jubiloso de Smiser tuvo sobre Norma el efecto de un porrazo. Quedó quieta y miró en la dirección que señalaba Butler.

La cápsula, semejante a una gran boya, se mecía ligeramente tirando de las cuerdas del paracaídas enredadas al espadañal. Butler miró intranquilo al ictiosauro que venía rayando con su nariz las turbias aguas del río.

-A la cápsula, Norma. Vamos allá -indicó Butler empujando a la muchacha.

Con agua hasta la cintura avanzaron a favor de la corriente hasta la cápsula. El ictiosauro se había detenido a alguna distancia y asomando la ósea nariz y los malignos ojillos vigilaba atentamente los movimientos de aquellos seres extraños.

Según Butler pudo ver, la cápsula calaba bastante y tocaba el lecho de cieno con el fondo.

-Procura alcanzar el tirador de la portezuela y abre -le dijo Butler a Norma-. Yo empujaré después para desencallarla.

Rodeando con su brazo sano las piernas de la chica, Smiser la izó hasta que ella pudo coger el tirador. El esfuerzo le costó a Butler un agudo dolor en las costillas rotas de aquel lado, pero lo soportó clavándose los dientes en los labios hasta que éstos sangraron.

-¡Ya está, Butler!

La chica tiró de la portezuela contra la resistencia del muelle que la mantenía cerrada, la abrió y dijo:

-Ya puedes soltarme... ¡Butler!

El grito de ella hizo pegar un brinco a Smiser, quien la soltó y se volvió en redondo temiendo encontrarse ante el ictiosauro que le atacaba.

Pero no había saurio alguno detrás de Smiser.

-Butler, ¡esto está lleno de cosas! -gritó Norma.

Él se volvió con idéntica rapidez para mirar por la puerta abierta al interior de la cápsula. Con asombro vio que Norma decía la verdad. La cápsula estaba casi totalmente ocupada por diversidad de cosas: cajas de madera, grandes botellas como las utilizadas para encerrar gases, gomas y un soplete de soldar... ¡Y hasta un transmisor de radio!

-Sube, Butler. Aquí hay una nota -dijo Norma muy excitada.

Butler estaba todavía haciendo inútiles esfuerzos para encaramarse hasta la cápsula cuando Norma lanzó una exclamación de sorpresa.

-¡Escucha esto, Butler! Es una nota de Blackwell.

-¿Una nota de Blackwell? -repitió Smiser dejándose caer sentado en el borde de la portezuela, con las piernas sumergidas en el agua-. Seguramente es una carta en respuesta a la que les envié antes de abandonar la cápsula para ir en tu busca. Blackwell, después de esperar y en vista que no dábamos señales de vida, debió pensar que podríamos necesitar algunas cosas si por fuerza teníamos que quedarnos en Venus. ¿Pero por qué estas botellas de oxígeno? ¿Para qué diablos puede servirnos tanto chisme?

-Escucha lo que dice el general -dijo Norma. Y leyó:

“Querido amigo: Hemos esperado inútilmente su regreso, bien solo o acompañado de la señorita Arnett. Como quiera que la carga de la pila de esa cápsula toca a su fin, expirando con ello el plazo de veinticuatro horas para regresar a la Tierra, vemos con intranquilidad que parecen condenados (usted solo, o con la señorita Arnett) a quedarse para siempre en Venus en condiciones sumamente difíciles. Tememos que por el estado del mar que usted nos describe, por su temeridad al abandonar la cápsula en estas condiciones, haya extraviado usted la cápsula o se haya perdido sin posibilidad de regresar a tiempo. En vista de todo esto, y con la esperanza de que un día, más pronto o más tarde, usted y la señorita Arnett recuperen la cápsula del “Ambassador”, procedemos a enviarle la única ayuda que desde aquí nos es posible proporcionarle: oxígeno y gas propano para cargar la pila electroquímica de la máquina “transferidora”, hoy por hoy el único camino abierto a ustedes para la posibilidad de un regreso a la Tierra. Con la ayuda de Dios, esperamos que esta esperanza se realice. Utilicen la radio para avisarnos en cualquier momento que se dispongan a regresar por conducto de la máquina. Adjunto encontrará usted equipo e instrucciones para recargar la batería, así como para utilizar la radio. Suyo afectísimo...”

-¡Dios bendito! -exclamó Butler incorporándose de un salto, arrancando la nota de manos de Norma-. Ese hombre es la misma providencia en persona. Podemos regresar a la Tierra. ¡Norma! ¿Lo oyes? ¡PODEMOS REGRESAR A LA TIERRA!

La sacudió por los hombros.

Norma Arnett se arrojó sollozando entre sus brazos.

CAPÍTULO IX

Después de cortar las cuerdas del paracaídas, Norma Arnett empujó con una larga pértiga y la cápsula del “Ambassador I” empezó a navegar por el centro del río.

La cámara nunca había sido muy espaciosa y ahora estaba prácticamente atestada de objetos... Pero aunque incómodos, los náufragos no se quejaron. Comparada su situación actual con la de la noche pasada, estando todavía en Venus se sentían en el paraíso.

Norma encontró entre las cajas amontonadas unos frascos de antibióticos mezclados con otros productos de farmacia: quinina, morfina y otras cosas útiles para prevenir o curar una enfermedad tropical.

-Ni siquiera falta alcohol y jeringuilla hipodérmica -anunció Norma encantada-. Hay vendas y gasas. Te pondré penicilina en polvo sobre la herida y te inyectaré una poca más. Espero que con esto puedas aguantar hasta que estemos de regreso.

Butler leía las instrucciones de Woodford para desmontar toda la parte baja de la cápsula, quitar los depósitos agotados de oxígeno y propano, sustituirlos por otros cargados y hacer las debidas conexiones en los tubos. Las instrucciones en total ocupaban más de veinte folios mecanografiados.

Se incluían las necesarias para conectar la radio a la red de la cápsula, para hacerla funcionar y transmitir en Morse.

Quizás la mayor dificultad consistiera en que habría que tumbar la cápsula para alcanzar su parte baja, arrancar las planchas del fondo y llegar hasta la pila electroquímica.

Entre el equipo figuraba un juego de poleas, pero necesitaban un lugar tranquilo donde dedicarse a la operación.

Las orillas del río, por el momento, no ofrecían suficientes garantías para este fin. La selva llegaba hasta el agua y en ellas parecían abundar más los ictiosauros a medida que el río se ensanchaba y crecía su caudal.

Pero ahora podían esperar. Tenían comida a bordo y un refugio seguro contra las fieras y las inclemencias del tiempo. Aunque un poco incómodo, no lo hubieran cambiado por un palacio venusino.

Aquella noche Butler lanzó una amarra a un robusto árbol y al amanecer, con los huesos entumecidos pero bien dormidos, largaron la amarra y continuaron navegando por el río.

Dos días más tarde desembocaban en el mar.

Butler, notablemente mejorado de su brazo herido, llevó el juego de poleas a la playa y lo amarró a un árbol. Tirando los dos a una arrastraron primero la cápsula hasta la playa. Al encallar, la cápsula se tumbó de lado.

Inmediatamente, con las instrucciones bien aprendidas, Butler echó mano del soplete y se puso a trabajar.

Mientras Butler manejaba el soplete, los grandes pterodactylus pasaban haciendo silbar el aire azotado por sus grandes y membranosas alas. En una ocasión un gigantesco iguanodonte vino a contemplarles erguido sobre sus dos patas traseras desde el borde de la selva oscura y calurosa.

Seguían siendo unos náufragos. Lejos todavía quedaba la Tierra, la que ni siquiera podían ver a través del opaco velo de nubes que perpetuamente ocultaba el cielo de Venus, pero en sus manos estaba la esperanza de una pronta redención.

Sólo los atormentaba una preocupación. Que la máquina no funcionara por cualquier causa.

Para evitar un accidente tan lamentable, Butler trabajaba con sumo cuidado, manipulando en las piezas con la misma delicadeza que si fueran las microscópicas ruedecillas de un reloj fino.

Sólo cuando hubo colocado los tubos de oxígeno y gas propano en su lugar e hizo las conexiones se apresuró.

Inmediatamente enderezaron la cápsula. Y los dos exhalaron un suspiro a dúo cuando vieron que tanto el faro exterior como la luz roja de la cabina volvían a brillar.

-Ya tenemos corriente -dijo Butler excitado-. Ahora vamos a conectar la radio. No es cosa de que nos desintegremos aquí y quedemos reducidos a átomos para la eternidad.

El transmisor empezó a traquetear. Norma había estado ensayando el Morse y se encargó de la transmisión:

“Venus llama a la Tierra” -eran las primeras palabras que debía trasmitir. Y a continuación-: “Preparados para la marcha.”

Abandonaron el transmisor y esperaron.

Pasaron quince minutos largos antes que el receptor trasmitiera la respuesta de la Tierra. Norma anotó los puntos y rayas en un papel y luego deletreó con dificultad:

“Preparados. Pueden empezar”.

Se miraron a los ojos. Les parecía mentira que el momento tan ansiado hubiese llegado. De antemano habían decidido que irían los dos juntos al mismo tiempo. No era cosa de que la corriente quedase interrumpida por accidente y el último fuera a quedarse allí.

-Bueno, vamos allá -dijo Butler con voz emocionada.

La cabina estaba limpia de objetos. Entraron en ella y, todavía con la portezuela abierta, echaron una mirada a la oscura selva cuyo fétido aliento jamás habrían de olvidar.

-Adiós, Venus -dijo Norma Arnett saludando con la mano.

Butler puso el muelle de la puerta y cerró. Les iluminaba la luz roja de la cabina. Un poco trémula, la mano de Smiser buscó los mandos del tablero.

-Un momento, Butler. Espera -dijo Norma.

Butler la miró con extrañeza, casi con sobresalto.

-No es nada -dijo ella-. Sólo quiero cogerme bien fuerte a ti.

Butler sonrió. La rodeó con un brazo y de nuevo alargó la mano.

En voz alta enumeró cada maniobra:

-Apretar el botón rojo... Apretar el botón blanco... Tirar de la palanca roja... Apretar el botón amarillo y... ¡Tirar del conmutador!

Norma Arnett se abrazó fuerte a él...

Y hubo una explosión de luz.

* * *

La luz roja se había tornado verde sobre la puerta de acero de la cabina.

Impaciente, el general Blackwell asió el tirador y abrió la puerta de golpe. Un coro de voces jubilosas prorrumpió en un "¡Ohhh!" de inefable alivio.

Allí estaban los dos viajeros, estrechamente abrazados... sucios, destrozados pero sonriéndose.

Parpadeando, como quien despierta de un sueño, Norma Arnett y Butler Smiser miraron al grupo que los contemplaba.

-Por favor -dijo Norma Arnett-. Denme algo para ponerme.

Pero el "flash" de los reporteros relampagueó enseguida para en la primera edición ofrecer un testimonio fiel del estado en que volvían los expedicionarios. El profesor Woodford se adelantó con las manos extendidas, cogió una mano de cada uno y exclamó con voz emocionada:

-¡Gracias a Dios que están aquí!

Los periodistas se abalanzaron sobre los dos héroes. A casi todos los conocían.

-¿Cómo fue el viaje? ¿Qué ocurrió allí?

Las preguntas se atropellaban unas a otras y las lámparas de destello funcionaban como ametralladoras.

El coronel Tower tendió a Norma Arnett la bata blanca de uno de los ayudantes de Woodford. Butler Smiser levantó una mano y dijo:

-¡Alto, muchachos! La exclusiva de este reportaje nos pertenece por entero a la señorita Arnett y a mí. Si quieren conocer lo ocurrido, compren mañana sus propios periódicos.

Un ¡Ohhh! desilusionado cundió en toda la amplitud del hangar.

-Sin embargo -dijo Smiser-. Sí puedo darles una noticia de primera mano. La señorita Arnett y yo nos casamos. Ustedes son los primeros en saberlo.

El tumulto siguió a la pareja hasta la puerta del hangar. Una ambulancia esperaba allí a los arriesgados expedicionarios interplanetarios. Las puertas traseras de la ambulancia estaban abiertas, pero ellos rechazaron la

invitación a entrar y fueron a ocupar en cambio la cabina junto al sorprendido conductor.

De pronto, un reportero se adelantó y preguntó:

-¿Pero es de veras que estuvieron en Venus, o es todo un camelo publicitario inventado para sacar dinero?

Butler Smiser quedó mirando fijamente al sujeto Detrás estaban Blackwell y el profesor Woodford.

Dijo Smiser:

-Profesor, meta usted a este imbécil en la cámara y despáchelo a donde sabe. Todavía hay suficiente corriente en la pila de la cápsula para recibirle, aunque quizás no la haya para devolverle acá.

El reportero retrocedió con cara de espanto y los demás soltaron una carcajada.

La ambulancia arrancó, pero al alejarse todavía asomó la cara de Butler Smiser llena de arañazos para agitar una mano y gritar:

-¡Recuerden! ¡Compren mañana sus propios periódicos, muchachos!

Junto a la puerta del hangar, Blackwell y el profesor Woodford cambiaron una mirada y una sonrisa. Luego los dos levantaron a una la cabeza para contemplar el parpadeo de Venus en el limpio cielo nocturno de California.

FIN

¡Algo nuevo dentro de lo variadísimo de la literatura de ficción científica!

No queremos anticiparle noticias sobre la novela que leerá dentro de breves días. Solamente el título:

LOS SONIDOS SILENCIOSOS DE VENUS

Y el nombre del autor:

V. A. CARTER

Lo demás habrá de decirlo usted. Nuestros lectores ya conocen el dinamismo que este autor impone a sus producciones.

Pues bien, en

LOS SONIDOS SILENCIOSOS DE VENUS

ha sabido conjugar, en maravillosa armonía, la emoción, el rigor científico de que siempre hace alarde, y... ¡un desenlace totalmente inesperado! Hasta el último párrafo del postrer capítulo estará usted totalmente equivocado sobre lo que va a suceder a continuación.

¡No lo olvide! ¡Es el próximo número de esta interesante colección!

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **6 pesetas**